

Durante este periodo crítico de presiones económicas mundiales, el peso mexicano ha continuado siendo una de las monedas más resistentes a las crisis internacionales... se ha mantenido en este periodo de crisis internacionales una moneda fuerte que tiene amplia demanda en sus manifestaciones básicas: como medio de cambio y como instrumento para almacenar valor.

Por ello, hemos seguido pugnando por un peso fuerte, cuyo valor externo no sea cuestionado y cuya fortaleza inspire confianza permanente. La firmeza del peso sigue siendo uno de los pilares de la política monetaria y crediticia del país.

**—Ernesto Fernández Hurtado, Director General del Banco
de México, S. A.
18 de junio de 1976**

Andre Gunder Frank
**El economista
como adivino
e ideólogo***

PRIMERA PARTE

ASTROLOGÍA ECONÓMICA: LA BOLA DE CRISTAL ESTÁ NUBLADA

El problema de la inflación ha sido vencido... el peligro de recesión es nulo.
Gerald Ford, 17 de mayo de 1970.

Empeñémonos todos en hacer de los próximos cuatro años los mejores de la historia de Estados Unidos, para que en su segundo centenario Estados Unidos esté tan joven y tan vital como cuando comenzó, y para que sea un faro de esperanza tan brillante como entonces para el mundo. Marchemos adelante confiados en la esperanza, fuertes en nuestra mutua fe, sostenidos por nuestra fe en Dios que nos creó, y luchando siempre para servir a sus propósitos.

Presidente Richard Nixon
Discurso inaugural, 20 de enero de 1971

Ninguna ley del mercado obliga a la economía de mercado a sufrir recesiones o inflaciones periódicas.

Presidente Lyndon Johnson
Informe económico prestidencial. 1965.

El National Bureau of Economic Research ha concluido para siempre una de sus primeras tareas, esto es, la de los ciclos económicos.

Premio Nobel de Economía, Paul Samuelson, Coloquio NBER sobre "El ciclo de los negocios hoy", 24 de septiembre de 1970.

Una encuesta en la opinión pública mostró que los norteamericanos consideran que la capacidad de predicción de los economistas es más o menos semejante a la de los astrólogos.

Revista *Fortune*, enero de 1976.

* Las referencias que se hacen a continuación a los hechos y la política relacionados con la actual crisis económica sólo aspiran a complementar la discusión sobre lo inadecuado de las previsiones ortodoxas del ciclo y de la administración macroeconómica keynesiana, que son nuestro objeto central en estos dos capítulos preliminares de un próximo libro. Estas referencias a acontecimientos y política contemporáneos no pretenden ser un análisis de la actual crisis económica y política, la cual será analizada en el libro en preparación: *La crisis mundial contemporánea*. Estos capítulos fueron escritos en junio de 1976 y revisados en diciembre de 1976.

La historia es testigo del valor moral y de la exactitud científica, de los piadosos propósitos o esperanzas y las predicciones político-económicas de líderes políticos como los presidentes de Estados Unidos y sus consejeros económicos. Apenas si es necesario recordar cómo acabó el Richard Nixon, que todavía en abril de 1974 predecía que "1975 será un año muy bueno y 1976 será el año más rico de la historia norteamericana": derrota del imperialismo norteamericano por los vietnamitas en la primera guerra perdida por ese país; retiro de Richard Nixon mismo, después de Watergate, con la primera renuncia de un presidente de los Estados Unidos; una recesión con casi el 10% oficial de desempleo y una inflación de más del 10%, en la crisis más grave desde hace más de una generación.

Si nada obliga a una economía de mercado a sufrir recesión e inflación, como pretendía el Informe Económico de Lyndon Johnson, entonces fue su propia escalada en la guerra contra Vietnam a mediados de los sesentas lo que pospuso la recesión en Estados Unidos (aunque no en Alemania y en otros países) hasta el final de la década y el principio de la siguiente; y fue la política del presidente Johnson y subsecuentemente la de Nixon, con finanzas globalmente deficitarias —la creación de decenas de millones de dólares no compensados que el resto del mundo llegó a poseer después de abastecer de material a los norteamericanos y de venderles sus industrias— lo que lanzó al mundo a una inflación internacional. En este vano intento por alejar de la puerta al lobo económico y político, la economía mundial se monetarizó cada vez más; la importante balanza de pagos se deterioró seriamente, mientras las deudas extranjeras aumentaban peligrosamente, y la deuda del sector "privado" aumentó aún más peligrosamente, mientras una crisis clásica de acumulación por sobreproducción se desarrollaba y la tasa general de ganancia declinaba de todas maneras. El valor del dólar y la estabilidad del sistema monetario mundial fueron sacrificados a la escaramuza por pedazos de un mercado declinante y a las mutuas recriminaciones por irresponsabilidad económica, y el mundo capitalista cayó en su recesión más severa de posguerra, con descensos de la producción de hasta el 10 y el 15% en 1974-75 (recesión iniciada en realidad a mediados de 1973, *antes* de la crisis del petróleo), seguida por una recuperación, en 1976, que no ha eliminado el desempleo y que no promete ahora —según los voceros políticos y económicos más autorizados del capital— eliminarlo antes del fin de la década: antes de lo cual podemos esperar el golpe de otra recesión aún más severa que la apenas "pasada". En otras palabras, a pesar de las piadosas esperanzas del liderazgo político, y las predicciones de los asesores económicos, la economía del mundo capitalista está siendo de nuevo visitada por una gran crisis de acumulación del capital análoga a la de la

entreguerra (que realmente incluyó a las dos guerras mundiales). Algunos líderes políticos como Kissinger (en la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 23 de septiembre de 1974) y el primer ministro Wilson encaran ahora (o lo hicieron durante la recesión de 1974-75) las sombras ominosas de la gran depresión de los años treinta. Aunque este pesimismo sea más apropiado que su anterior optimismo, la base de las predicciones diarias de estos líderes políticos es —por lo menos en cuanto a lo que concierne a sus asesores científicos— tan infundada y frágil como siempre.

Paul Samuelson, profesor de economía del Massachusetts Institute of Technology (MIT), autor del texto económico más ampliamente utilizado en el mundo capitalista, autor (en alternancia con Milton Friedman) de una columna quincenal en *Newsweek*, asesor (según su propia aseveración, en su columna del 28 de octubre de 1974) de "algunos grandes inversionistas institucionales", asesor de los presidentes (que le ofrecieron la presidencia del Consejo de asesores económicos del presidente de los Estados Unidos.), ganador del Premio Nobel de Economía, no fue el único de los economistas profesionales que pretendió (¡apenas en 1970!) que la institución científica más prestigiosa en la investigación del ciclo de los negocios de los Estados Unidos y tal vez del mundo había cumplido ya con su tarea, y que se dio palmaditas a sí mismo al referirse a la supuesta obsolescencia del ciclo económico y a la necesidad de "redefinir [...] al dinosaurio de la preguerra [convertido] en una lagartija de posguerra". Y añadía: "yo predije que esto ocurriría" (Samuelson en Víctor Zarnovitz, ed., *The Business Cycle Today*, National Bureau of Economic Research [NBER], p. 167). En el mismo coloquio de 1970 (citado en el mismo volumen del NBER), un miembro del comité científico del NBER, Alexander Eckstein, ofreció la opinión científica de que "dados los valores de la sociedad, la probabilidad de una recesión tradicional con desempleo del 7 por ciento es considerablemente baja". ¡Sólo cinco años más tarde el desempleo oficial había alcanzado casi el 10% (y según estimaciones no oficiales, el doble de esa cifra) en los Estados Unidos, está aún hoy a más del 7% (julio de 1976) y se espera que permanezca por encima de ese nivel durante años! En el mismo coloquio, el experto en crecimiento y tendencias de productividad a largo plazo, Solomon Fabricant, expresó una opinión más cauta: "Las causas del ciclo económico no han desaparecido [...] un tigre encerrado no es lo mismo que un tigre suelto en las calles, pero tampoco es un tigre de papel" (Zarnovitz, ed., p. 4). Aceptando la sinofilia de Fabricant, podemos preguntarnos ¿quién ha encerrado al tigre que, en 1975, dejó a 17 millones de obreros sin empleo según los informes oficiales y en realidad a muchos más, sólo en los países industrializados, miembros de la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OCDE) ?

¿Qué clase de "ciencia" económica conduce a tan pintorescas predicciones y sostiene tan ineficaces políticas de enjaulamiento?

La Asociación Norteamericana de Economía, en su reunión anual de diciembre de 1973 (es decir, transcurrido un tercio de la década), invitó a varios de sus más prestigiosos economistas a participar en una mesa redonda, para ponderar los "grandes problemas económicos de los setentas: la bola de cristal nublada". La lista de Kermit Gordon, presidente de la Brookings Institution, rezaba: 1] problemas económicos internacionales; 2] inflación; 3] actuación del sector público; 4] equidad distributiva y, 5] medio ambiente, energía, desarrollo de recursos, crecimiento (*American Economic Review [AER]*, mayo de 1974). Aunque la recesión de 1973-75 ya había empezado (antes, como señalamos, de la crisis del petróleo en octubre de 1973), el desempleo, por no hablar de la recesión misma, o la depresión o la crisis económica, no aparecía en la lista de problemas en absoluto, ni siquiera en el último lugar. La bola de cristal está ciertamente nublada.

Geoffrey Moore, vicepresidente encargado de investigación del National Bureau of Economic Research, y conocido experto en el estudio de los ciclos económicos y su historia, comparó el modelo de las recesiones del periodo 1948-1970 con el del periodo 1920-1938 (pero sin dar ninguna razón convincente para seleccionar este último punto de referencia para su comparación) y llegó a la conclusión de que las recesiones en los negocios se han vuelto menos frecuentes, más cortas y leves debido al cambio en la composición de la industria hacia sectores más estables, como los servicios. Por lo tanto, sostiene, "las recesiones futuras muy probablemente se semejarán más a un descenso suave en la tasa de crecimiento económico" que a cualquier caída brusca y la "tendencia no parece mostrarse en el nivel de la tasa de desempleo" (*AER*, mayo de 1974, p. 133.35).

Robert Heilbroner aprovechó la misma oportunidad para reforzar su predicción con una visión retrospectiva. Después de recordar los rasgos notables de las dos décadas precedentes, como las corporaciones transnacionales, Japón, el desarrollo económico del Tercer Mundo, la inflación, el medio ambiente, etcétera, Heilbroner observó que

cada uno de estos problemas era invisible en los cincuentas [subrayado suyo]. En honor a la verdad, si yo hubiera estado en posición de observar el panorama futuro a principios de los cincuentas, dudo que hubiera mencionado uno solo de ellos. Porque en aquellos años tempranos, no era el crecimiento sino la amenaza de recesión crónica lo que aún absorbía la atención de nuestra profesión. No se organizó ninguna sesión para discutir la inflación, porque sabíamos que no podía ocurrir mientras el desempleo fuera del 4 o 5%

de la fuerza de trabajo.

¡Y tal desempleo, a su vez, se ha vuelto "obsoleto" desde entonces!

Como todos los demás —continúa Heilbroner— tengo mi lista de problemas prácticos que surgirán en los setentas: una lista "sin sorpresas", en la terminología de Herman Kahn. Incluye los mismos problemas que acabo de enumerar: crecimiento, inflación, medio ambiente, transnacionales, fracaso del desarrollo. Pero debo preguntarme, reflexionando sobre el pasado, si esta lista de problemas puede resultar tan inadecuada...

De modo que Heilbroner, que siempre ha sido un poco el inconforme, procedió a hacer algunas predicciones, presumiblemente no tan "sin sorpresas", sobre los grandes problemas económicos de los setentas: 1] Aumento de las *micro*-caídas, disfunción o incluso no-función de *partes* del sistema más bien que de sus macro-agregados más importantes; 2] Aumento de la *tensión* en torno a la *distribución* de los ingresos; reaparición de la "desaparecida" guerra de los ricos vs. los pobres, de Disraeli y, 3] Declinación de la teoría neoclásica, comportamiento más *institucional* [ciertamente no *maximizador*] como objeto de la teoría de la economía política. (Heilbroner en la *AER*, mayo de 1974, excepto por las cursivas de la palabra "partes", el énfasis es mío, AGF.) ! Ciertamente no tan "sin sorpresas" A pesar de las reflexiones de Heilbroner sobre el pasado y de su experiencia en ese momento del principio de la caída cíclica más severa de la más grande crisis económica mundial de las décadas que acababa de revisar, Heilbroner no menciona en absoluto al desempleo, menos aún la "recesión crónica" que según dice absorbió tiempo atrás a la profesión: ello, una o dos décadas después de que fue percibida por el pueblo en general. ¿Bola de cristal nublada? Los augustos miembros de la Asociación Económica Norteamericana, notables en su profesión, no pueden ver la realidad que tienen ante los ojos mismos. ¡Disfunción de micropartes, ciertamente no de los grandes macro-agregados, mucho menos del sistema en su conjunto! ¿A quién aparte de sus colegas de profesión pretende tomar el pelo con ese despropósito profesional? Tensión en torno a la distribución, pero ¿nada de lucha de clases por el poder? ¿Y qué hay en el horizonte de la profesión para la teoría económica de la política? ¿La sustitución del microanálisis por la descripción institucional! ¿Dios no quiere que las corporaciones monopólicas procuren maximizar sus beneficios o minimizar sus pérdidas? Pero desafortunadamente no escuchan a Dios: no pueden, cualquiera que lo hiciera iría derecho a la quiebra. Sólo pueden escuchar el tintineo de las cajas registradoras, el traqueteo

de las cintas de cotizaciones o el zumbido de la computadora que dibuja la hoja del balance de pérdidas y ganancias. Y no se reconoce aquí que es precisamente la estructura *monopólica* — y no simplemente las "instituciones" — de la economía lo que permite no sólo el "imposible" 4 o 5% de inflación con desempleo, sino que en el curso de su proceso de acumulación y desacumulación ahora requiere 10% de inflación y 10% de desempleo; y tal vez 20% de uno o el otro, o ambos (Inglaterra, Italia y Japón alcanzaron ya niveles anuales de inflación del 25%). No hay predicción aquí, ningún llamado a revisar o reorientar la teoría neo-clásica micro o la teoría keynesiana macro para analizar el *capitalismo monopolista de Estado internacional* en sus niveles micro o macro o macro-micro.

Los profesores de economía en sus torres de marfil y sus oficinas gubernamentales no están solos en el total fracaso para predecir el futuro o, siquiera, para reconocer el presente. *Business Week* ("la semana en los negocios", su nombre refleja sus fuentes, orientación y público) escribe en su edición especial del 14 de septiembre de 1974:

Hace cinco años, los editores de *Business Week* observaron el panorama futuro de los setentas y dedicaron una edición especial al análisis de las fuerzas que podían estarse formando en la economía de los EU. Previeron un periodo de vigoroso crecimiento económico [...] Los cinco primeros años de los setentas han confirmado estas predicciones. Es ciertamente una "súper" década [...]

Sin embargo, los editores observan ahora cuatro "desarrollos no previstos [...] en que los expertos subestimaron la magnitud de los desarrollos en marcha": el desarrollo de una asociación de los países productores de petróleo, la expansión inflacionaria, la escala de intervención indicativa del gobierno, y el enorme total de la demanda de capital.

La característica más impresionante de la economía mundial hoy día es su tendencia inflacionaria [...] [la] razón más importante es el compromiso mundial con el pleno empleo y con la máxima producción [...] Las naciones industriales [...] resolvieron no atravesar nunca más una gran contracción económica. A través de los años, desarrollaron un patrón de respuesta automática ante cualquier signo de debilidad con enormes dosis de gastos deficitarios y dinero fácil. La respuesta ha dado resultado.

¡Literalmente increíble! En el momento en que los editores escriben, el desempleo en las "naciones industrializadas" ha alcanzado ya varios millones, y menos de doce meses más tarde llegará a 17 millones. ¿Qué compromiso mundial con el pleno empleo? ¿Dónde estaban las

respuestas automáticas ante cualquier signo de debilidad? ¿Qué respuesta había funcionado, y para quién? ¡Y esto era en septiembre de 1974!

Fortune, la publicación empresarial más prestigiosa y autorizada del Big Business estadounidense, en su "Resumen mensual" sobre el estado de los negocios correspondiente a julio de 1974 aún predecía

en comparación con los pasados dieciocho meses, los próximos dieciocho parecerán casi venturosos [...] La producción industrial aumentará con una tasa promedio de un poco menos del 4 por ciento durante los próximos dieciocho meses [...] el mundo no parece dirigirse hacia una recesión grave [...] el desempleo tenderá a aumentar hasta un poco menos del 6%.

Para octubre de 1974, un mes después de que *Business Week* extendiera a la economía un certificado de salud, *Fortune* había revisado cautelosamente la estimación en su "resumen":

Los riesgos de lo inesperado y lo inusitado —que podrían producir una recesión grave o prolongada— son tal vez mayores que en ningún otro periodo de la historia de posguerra. Y tienen que tomarse ahora más en serio.

A la mitad de la más prolongada —8 trimestres— recesión norteamericana posterior a la guerra, *Fortune* estaba apenas empezando a sacar cautamente la cabeza de la arena. En el "resumen" del mes siguiente, noviembre, ahora titulado "La verdadera recesión aún está por llegar", *Fortune* finalmente observaba que

el desacuerdo entre el presidente Ford, que dice que no estamos en una recesión, y el presidente de la reserva Federal, Arthur Burnes, que dice que sí lo estamos, refleja lo peculiar de nuestra situación [...] no hemos tenido hasta ahora la *sensación* de una recesión. [Cursivas de *Fortune*.]

Pero, informaba *Fortune* en ese mismo "resumen", "de los 250 ejecutivos que incluye el muestreo semianual de *Fortune* sobre el estado de ánimo en los negocios, dos de cada tres están más preocupados que tranquilos acerca de las perspectivas", si bien esperaban una mejoría en 1975. Para octubre (según Samuelson en *Newsweek*, 28 de octubre de 1974), una encuesta Gallup informó que el 51% del pueblo norteamericano pensaba que nos movíamos hacia una depresión. Finalmente, a fines de noviembre (según el *Financial Times*, del 30 de noviembre de 1974), el secretario del tesoro de Estados Unidos admitió que ésta era la peor

recesión desde la guerra. Sin embargo, *Foreign Affairs*, el oráculo más autorizado del *establishment* político de Estados Unidos, publicó artículos, en su edición de enero de 1975, en los cuales los discípulos monetaristas de Milton Friedman, Harold Cleveland y Bruce Brittain, respondían a la pregunta "¿Una depresión mundial?" con un NO en mayúsculas, y nos aseguraban que la gran depresión de los treinta fue causada por una contracción del dinero disponible; que la actual recesión se puede controlar con éxito, pero sólo sobre un fondo de dinero, y que las cuestiones clave hoy día son la inflación mundial y el dinero mundial. Para entonces el desempleo había llegado a 10 millones. En el mismo número de *Foreign Affairs*, Hollis Chenery, vicepresidente del Banco Mundial y director de su Planeación del Desarrollo, publicó un artículo sobre "la reestructuración de la economía mundial", en el que las únicas causas mencionadas eran los aumentos de precios del petróleo y la comida, mientras que ni la reestructuración implícita en y requerida por la crisis de acumulación del capital ni la recesión de 1974-75 se mencionaban siquiera.

Ni siquiera la más corta de las predicciones a corto plazo era más realista. En febrero de 1975, la cifra oficial de desempleo en Estados Unidos era del 8.2%. El gobierno aseguraba que no pasaría del 8.5% y que rondaría el 8% hasta 1977. Sólo dos meses más tarde, el porcentaje de desempleados había subido a 8.9% (abril) y llegó a 9.2% en mayo de 1975.

Otros gobiernos, organizaciones internacionales como la OCDE, institutos de investigación económica y de "ciclos" en otros países y los grandes órganos de prensa (excepto *The Economist*) no tienen mejores marcas en su fracaso para predecir razonablemente, menos aún acertadamente, la recesión de 1974-75, incluso cuando ya se estaba en ella. Así, el 10 de julio de 1974, el *Times* de Londres, por ejemplo, predijo que Estados Unidos, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia y Japón, juntos, mostrarían un crecimiento del 0.5% para 1974 y que llegarían a un crecimiento del 3.7% en 1975. En realidad, durante ese año y medio la producción de estos países *declinó en* más del 10%. El Instituto HWWA de Hamburgo (según informó el SZ del 10 de octubre de 1974), predijo que el comercio mundial crecería en un 6% en 1974, y en un 5% en 1975. De hecho, sufrió una *declinación* real del 10% en 1975. El Plan Nacional Francés para 1971-75, tradicionalmente más dado a expresar los deseos y necesidades de los negociantes que cualquier posible *planeación* gubernamental en una economía capitalista, proyectó para esos años tasas de crecimiento del 5.9% para el PNB, 6.8% para la inversión productiva y 3.0% para el valor agregado. Pero las tasas realmente alcanzadas fueron, en cambio, del 3.6%, 3.6% y 0.9% respectivamente.

Incluso las predicciones sobre las tasas de inflación futura, antes del despegue

inflacionario de 1974 pero después de haber ya una considerable sensibilidad a la inflación como algo distinto del desempleo y de la recesión, no han sido ni moderadamente acertadas. Las siguientes cifras son las tasas de inflación que predijo cada año para el siguiente el Consejo de Asesores Económicos del presidente de Estados Unidos, comparadas con las que realmente se dieron:

Año	<i>Predicción</i>	<i>Inflación</i>	<i>Diferencia</i>	<i>% Exceso</i>
		<i>real</i>	<i>real</i>	<i>real/predicción</i>
1969	3.0	4.8	1.8	60%
1970	4.8	5.5	0.7	14%
1971	3.0	4.5	1.5	50%
1972	3.2	3.4	0.2	6%
1973	3.0	5.5	2.2	73%
1974	7.0	12.0	5.0	71%
1968.1974 promedio				43%

(! Y durante parte de 1971 y 1972 hubo control de precios!)

Pero al menos los economistas contemporáneos son respetuosos de las formas. Porque si los practicantes contemporáneos de la malhadada ciencia son un malhadado fracaso en la predicción, sólo están siguiendo los pasos —como observó Heilbroner— de los de la generación inmediata a la segunda guerra mundial, y ambas generaciones, a su vez, no son peores pero tampoco mejores que los economistas banqueros y políticos que trabajaron una generación atrás, después de la primera guerra mundial y en la época del Crash y de la gran depresión. Así, como Joseph S. Davis recuerda en su reseña de la "Inservible inteligencia económica y política":

La mala visión prevaleció ampliamente a fines de los veinte y persistió en los treinta, en muchos aspectos, de los que sólo elijo uno. Keynes escribió en agosto de 1931: "Los bancos y los banqueros son por naturaleza ciegos. No han visto lo que venía." Esta afirmación extrema, sea cual fuere su grado de verdad, atacaba un blanco demasiado estrecho. Aunque tenía mejor visión que la mayoría, incluso Keynes fue incapaz de ver lo que venía. Lo mismo ocurrió con Einzig, un escritor financiero bien informado y

perspicaz [...] Una y otra vez, respetados analistas desatendieron o subestimaron los signos de debilidad o peligro, se equivocaron en sus expectativas, omitieron o silenciaron avisos oportunos, y alentaron esperanzas mal fundadas... Si Keynes sintió la amenaza de Hitler y el nazismo, he buscado en vano pruebas de ello (Davis, *The World Between the Wars, 1931-39, An Economist's View*, pp. 394 y 398).

Del otro lado del Atlántico, el economista más respetado de Estados Unidos,

Irving Fisher, el 15 de octubre [1929] afirmó que los precios de las acciones estaban en "una planicie permanentemente alta". El 23 de octubre aseguró a la Asociación de Banqueros del distrito de Columbia que la declinación del mercado era sólo temporal. El 3 de noviembre expresó la opinión de que una prosperidad inigualada había justificado el boom del mercado de valores, que un pánico estúpido era el responsable del reciente crash y que los precios eran absurdamente bajos, y no preveía fisura alguna en la prosperidad sin precedentes de la nación. El 6 de noviembre, se informó que John D. Rockefeller había dicho que la destrucción de los valores de seguridad era injustificada y que él y su hijo estaban comprando grandes cantidades de acciones (Davis, p. 104).

El gobierno estadounidense había comisionado al National Bureau of Economic Research y a otros notables economistas para que prepararan un informe exhaustivo sobre los *Cambios económicos recientes*, el cual se escribió en 1928 y 1929. A pesar de algunas reservas acerca de las perspectivas futuras enunciadas por el director del NBER, 'Wesley C. Mitchell, a fines de 1930 un comentarista revisó el informe y observó que "en ninguna parte de las 943 páginas había ninguna sugerencia de que la crisis de fines de 1929 estaba estallando" (J. Jewkes, citado por Davis, p. 406).

Una década más tarde, Joseph Schumpeter echaría una mirada defensiva al pasado:

Es de la mayor importancia darse cuenta de esto: dados los hechos que tanto los hombres de negocios como los economistas podían observar entonces, aquellos diagnósticos [...] no estaban simplemente equivocados. Lo que nadie vio, aunque algunas gentes pueden haberlo sentido, fue que esos datos fundamentales a partir de los que se hacían diagnósticos y prognosis estaban, ellos mismos, en estado de flujo [...] La gente, en su mayoría, estaba firmemente parada en el suelo, pero ese suelo mismo estaba a punto de hundirse (Schumpeter, *Business Cycles*, vol. n, pp. 793-94).

Mientras el suelo económico y político se hundía bajo sus pies, el presidente Hoover continuaba insistiendo en que la prosperidad era mayor 'y más firme que nunca y haciendo política sobre los economistas del NBER y de otros lugares para que reflejaran este infundado optimismo revelador de continuas predicciones y diagnósticos equivocados o rechazos de la realidad que tenían ante sus mismos ojos, véase J. K. Galbraith, *El crac del 29*).

Frente al anterior récord entristecedor de las predicciones de esta triste ciencia, los legos inocentes —y ciertamente otros economistas "profesionales"— pueden estar tentados a suponer que mucho de este énfasis mal dirigido, optimismo mal fundado y predicciones aparentemente contraproducentes es el resultado de mezclar la conveniencia política inmediata o la racionalidad empresarial o incluso la simple buena intención humana con la dura y positiva ciencia económica. Más aún, nuestra revisión es, como admitimos, una bolsa heterogénea de muestras no tomadas al azar de todos los tipos de técnicas y no-técnicas de predicción. En ese caso, uno puede esperar inocentemente que los nuevos y duros constructores profesionales de modelos econométricos —apoyados por enormes computadoras y ejércitos de estudiantes recién egresados u otros esclavos asalariados para hacer todo el trabajo sucio, todos bellamente retribuidos mediante principescos adelantos y contratos de grandes corporaciones y diversos tecnócratas gubernamentales que necesitan hechos y datos sólidos más que buenos deseos— tendrían tal vez más éxito con las predicciones que sus computadoras derivan a partir de miles de ecuaciones. Pero *Fortune* (marzo de 1975, p. 157) escribe bajo el "subtítulo "Pero ¿realmente funciona?":

Dado el vasto prestigio y el éxito comercial de los modelos econométricos, puede suponerse que su superioridad sobre los métodos convencionales de predicción está firmemente establecida. De manera bastante extraña, no está en absoluto establecida. Considérese, por ejemplo, el récord de los modelos econométricos en la predicción de la economía del año pasado. A fines de 1973, Wharton proyectaba un aumento del 0.6% en el crecimiento real para 1974 y el 7.2% de aumento en los precios del PNB. Chase se sumó con una expectativa del 0.3% de crecimiento real y el 6.6% de aumento en los precios. El DRI preveía un crecimiento del 1.2% y un alza del 6.5%. En realidad, el PNB real declinó en un 2.2%, en el último año, y los precios subieron en un 10.2%. Así Wharton hizo el mejor de los tres modelos; pero no era muy bueno [...] Pero cuando McNees comparó las predicciones de los modelos con las que hicieron en el mismo periodo (1970-1973) treinta y seis economistas que confiaban principalmente en su propio juicio, encontró que ningún método es superior al otro.

Y qué "juicio" tienen o merecen nuestros economistas, ya lo vimos arriba.

En estas circunstancias, *no* debemos hallar muchas sorpresas al echar un vistazo más cuidadoso, oportuno y políticamente interesado sobre las predicciones del diseñador y director de "Wharton [que] hizo el mejor de los tres modelos". Se trata de Lawrence R. Klein, que "encabeza a un equipo de asesores económicos del señor Carter [y que] está en frecuente contacto con el candidato demócrata" (*U.S. News and World Report [USN]*, 23 de agosto de 1976), periódico al que otorgó la siguiente entrevista:

P. Profesor Klein, ¿está fracasando la recuperación económica en Estados Unidos?

R. No. Estamos en plena recuperación, y una recuperación no desdeñable. El crecimiento económico bajó de ritmo un poco en el segundo trimestre, pero se recobrará de nuevo un poco más tarde en este año.

P. ¿Cuánto durará la expansión?

R. Si usted quiere decir ¿Cuándo veremos declinar la actividad económica?, nada semejante puede preverse en este momento. Pero al parecer 1978 nos reserva un crecimiento inferior al normal. Con ello quiero decir que podemos esperar un ajuste natural de inventario, y que la industria topará contra ciertos límites de capacidad, lo que resultará en un nuevo impulso inflacionario. Los cálculos de otros economistas prevén una recuperación más bien lenta en el resto del mundo, pero las proyecciones que he visto recientemente dicen que, para el resto del mundo, 1977 parece bastante bueno. Y para el resto del mundo por lo menos, 1978 parece aún mejor.

Un mes antes, la misma revista citaba a Klein quien habría dicho "que con políticas gubernamentales adecuadas este periodo de expansión podría resultar una repetición del *boom* de los sesentas" (*USN*, 19 de julio de 1976).

En julio y tal vez aún en agosto de 1976, el señor Klein no era el único con este disparatado optimismo. El mismo número recién citado de *USN* todavía anunciaba, bajo el título "El punto de vista de los expertos: los negocios se levantarán en los años por venir":

La recuperación de los negocios que está en marcha desde hace 15 meses será saludable y durará hasta 1977, por lo menos, y tal vez mucho más. El ritmo tórrido del crecimiento reciente disminuirá. Pero hasta fines de 1977 o principios de 1978 los expertos no ven grandes problemas en absoluto [...] Pero la mayoría de los economistas esperan que la subsecuente corrección será corta y modesta muchos analistas apuestan a que los Estados Unidos están en los primeros escalones de una expansión que podría durar hasta cerca del

fin de la década, un largo resurgimiento muy semejante al *boom* de los sesentas. Economistas del Citibank de Nueva York han llegado a la siguiente conclusión entusiasta: "La expansión actual probablemente durará todo 1978 y posiblemente más y [...] cualquier recesión que pueda ocurrir antes del fin de la década será seguramente más suave que la que está abandonando ahora la economía norteamericana [...]" (*USN*, 19 de julio de 1976).

No debe sorprender que este disparatado optimismo no estuviera, sin embargo, garantizado ni por los hechos ni por la teoría. En realidad, el desempleo empezó a aumentar en los Estados Unidos en junio de 1976 (a partir del 7.2% en mayo) y ha seguido subiendo hasta la fecha en que esto se escribe (8.1% en noviembre). Desde fines del verano de 1976, el desempleo también ha empezado a aumentar de nuevo en Alemania, Francia y Japón, para no hablar de Inglaterra e Italia, donde ha seguido aumentando a todo lo largo de la "recuperación". Para la Comunidad Económica Europea en su conjunto, el desempleo también dejó de declinar y comenzó a aumentar en junio de 1976 (*International Herald Tribune [IHT]*, 17 de agosto de 1976). Para septiembre alcanzó el 5.7% en Holanda y el 8.7% en Bélgica (*Le Monde ELM*] 13 de noviembre de 1976), donde aumentó a 9.4% en noviembre (*Frankfurter Rundschau [FR]*, 13 de noviembre de 1976). Por supuesto, mantener el empleo no es un criterio significativo para el capital, más bien al contrario (véase la segunda parte), Pero el producto y los "indicadores económicos conductores" mostraron también en general una desaceleración o abierta declinación en el verano de 1976. En los Estados Unidos, el índice de indicadores económicos conductores *declinó* en agosto y septiembre y no subió en octubre de 1976. Además, como la *USN* (16 de agosto de 1976) señala acerca de este índice compuesto de doce series económicas, diseñado para la predicción económica, "a veces los indicadores están más bien rezagados como conductores". En Alemania y Japón —cuya producción industrial declinó en agosto y septiembre (*IHT*, 22 de octubre de 1976) — la recuperación se ha esfumado también y simultáneamente, cuando no se ha ido hacia abajo (en el momento de revisar esto; noviembre de 1976).

Podemos insertar aquí el sumario publicado a continuación por el *Economic Outlook* de la OCRE en diciembre de 1976 (p. 13):

Estaba previsto que la recuperación que comenzó en Norteamérica a mediados de 1975 y luego se extendió a Japón [...] perdería velocidad en la segunda mitad de 1976. En realidad, los últimos indicadores sugieren que el descenso no sólo comenzó antes, sino que ha sido apreciablemente mayor de lo que se sugería en el *Economic Outlook* de julio. El

descenso es amplio, y afecta virtualmente a todos los países de la OCDE, y la expansión, en los Estados Unidos y Japón en particular, es menor de lo esperado. La expansión en Europa puede describirse mejor como modesta [...] En los siete países más importantes, considerados en conjunto, la producción industrial se ha estancado desde abril. En los Estados Unidos, continuó su ascenso hasta septiembre, pero en Japón, Alemania, el Reino Unido y Canadá casi se ha detenido desde la mitad del año, y en Francia ha disminuido de manera notable desde el primer trimestre [...] Se estima que el PNB agregado se ha expandido en los siete países importantes de la OCDE en la segunda mitad de 1976 a una tasa anual del 31/2 por ciento, sustancialmente menos que la expectativa del 43/4 por ciento contenida en la edición de julio del *Economic Outlook*. El desempleo total ha empezado a aumentar de nuevo, por consiguiente [...]

Para el 25 de octubre de 1976, el *USN*, que en julio de 1976 todavía anunciaba que "la economía se levantará en los años por venir", según el punto de vista de los "expertos", ya publicaba un examen de "los economistas especialistas más notables, para las compañías norteamericanas más importantes" según el cual —para entonces— el próximo descenso económico comenzaría en 1977, de acuerdo con el 6% de los examinados; en 1978 según el 54%; en 1979 según el 25%; en 1980 en opinión del 4%, y después de eso según el 8%. ¡Las opiniones de los "expertos" cambian rápido, pero no tan rápido como los acontecimientos!

No gracias a su teoría o análisis del ciclo económico (para no mencionar el del proceso de la acumulación del capital) sino enfrentados con los tercos hechos, los "expertos" en economía, la banca, los gobiernos y las agencias internacionales han tenido que revisar sus estimaciones y predicciones sobre la producción y el crecimiento hacia abajo durante esta vacilante recuperación. El *IHT* (12 de noviembre de 1976) comenta las revisiones reductoras de la OCDE bajo el título "La tasa de crecimiento recortada. Triste panorama para el 77 en el área de la OCDE". Y también, "El pesimismo respecto a la economía mundial se extiende" (*IHT*, 2 de noviembre de 1976).

Sin embargo, hay buenas razones en la teoría de los ciclos económicos y en el análisis del proceso de acumulación del capital, que podrían y "deberían" haber conducido a serias dudas acerca del disparatado optimismo (o sobre el igualmente indiscriminatorio pesimismo subsecuente). Los hechos más importantes acerca de esta teoría y estos análisis estaban disponibles en el momento en que se hicieron esas predicciones optimistas y antes, y algunos de los expertos arriba citados incluso mencionaron algunos de esos hechos, aparentemente sin darse cuenta, o por lo menos sin considerar, su significación. El más

importante de estos hechos se refiere a la inversión y a indicadores de la inversión tan significativos como la demanda de acero. Así, en su ya citada entrevista, Lawrence Klein anotaba:

Si se analiza la presente recuperación, está definitivamente conducida por los consumidores. Hay mucha [...] reconstrucción de inventarios, y estas fuerzas son un tanto transitorias [...] Hay que recordar que una gran inversión, en vez de aumentar la capacidad, está ahora dirigida hacia los problemas de energía, y éstos van a tardar en resolverse. Y mucha inversión está dirigida a la protección del medio ambiente [...] (*USN*, 23 de agosto de 1976).

Así, en la misma edición en que anunciaba confiadamente el ascenso de los años por venir, el *USN* mismo observaba —al parecer sin entender su significado— la ausencia de un estallido ampliamente anunciado de gastos empresariales en nuevas plantas y equipo [que] sostendría el crecimiento económico durante un periodo aún más largo. Esa alza en la inversión de capital hace tiempo que debía ocurrir, si los anteriores ascensos son una buena guía. Después de los ajustes debidos a la inflación, este tipo de inversión es hoy considerablemente más baja que cuando la economía tocó fondo, a principios de 1975. Esta es la primera vez en la era de la posguerra que esto ocurre en un estadio avanzado de la recuperación (*USN*, 19 de julio de 1976).

En los Estados Unidos, el gasto de capital está todavía en un nivel inferior en un 9% a la cumbre alcanzada hace más de dos años y medio, en la segunda mitad de 1973. En Japón, el gasto de capital está un 25% por debajo de la tasa del periodo correspondiente a fines de 1973. En los cuatro países principales de Europa —Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia— la diferencia es de un 11% (*Business Week [BW]*, 14 de septiembre de 1976, citado por Mandel, *Inprecor*, 11 de noviembre de 1976).

En Gran Bretaña, la inversión productiva ha declinado absolutamente en 1974, 1975 y 1976, y es hoy de 1 660 millones, en comparación con 2 130 millones en 1970 (*Financial Times [FT]*, 5 de octubre de 1976, citado por Mandel). La recuperación japonesa estuvo conducida por la exportación (y por tanto, dependía de la recuperación en otros países), y apenas por el consumo, y menos aún la inversión. En cuanto a la industria del acero, sensible a la inversión e indicativa de ella, la prensa informa que "la industria francesa del acero [sufrió] una profunda depresión [...] Los pedidos de acero alemán muestran otra caída" (*FT*, 19 de noviembre de 1976), y hay informes similares de otros sitios (*LM*, 27 de

octubre de 1976).

Las causas de este panorama de escasa inversión son en parte las bajas ganancias y bajas expectativas de ganancia (en relación con periodos anteriores), aunque gracias a la reciente administración económica las ganancias están subiendo de nuevo, particularmente para los grandes negocios monopólicos (véase la segunda parte). La razón más inmediata es el exceso de subutilización de la capacidad instalada —con tasas estimativas de utilización del 74% al 82% en los Estados Unidos y del 80% en Gran Bretaña, Italia y Japón (Mandel, *Inprecor*, 11 de noviembre de 1976, p. 6)—y el énfasis en o la limitación de la "nueva" inversión en las grandes economías industrializadas, para racionalizar las inversiones destinadas a reducir los costos de producción (el trabajo), con la capacidad existente, más que para aumentar la capacidad (Fröbel *et al.*).

Sin embargo, podemos aventurarnos a "predecir" que precisamente este relajamiento —más bien que retraso— de la inversión es el factor significativo y decisivo en la actual recuperación cíclica debilitada. Creemos que esta falta de inversión, sin la cual el consumo y las reconstrucciones de inventario no pueden sostener un *boom*, es el reflejo de la crisis subyacente de la acumulación que se ha ido gestando desde mediados de los sesentas y de la cual las recesiones de 1969-70 y 1973.75 no fueron más *que* estadios tempranos, que preceden a las recesiones mayores, en número y profundidad, que han de venir. Sea como fuere, en el resto del mundo capitalista industrial está claro que la "debida" inversión amplia de capital no es tan segura como el *USN* sugiere, como improbable es que ascienda hasta que la precedan profundos cambios políticos y económicos. Así, el *Economic Outlook (EO)* de la OCDE correspondiente a diciembre de 1975 observaba ya y predecía más realistamente:

Esa enorme cantidad de relajamiento acumulado en el área de la OCDE desde el principio del descenso no empezará a reabsorberse durante el periodo previsto; el margen de recursos no utilizados podría en el mejor de los casos estabilizarse en el curso de 1976 [...] Los aspectos más notables de la recuperación tal como aquí se describen son su lentitud (según el criterio de los anteriores periodos de recuperación) y su incapacidad para tomar fuerza en el curso de 1976 [...] Lo que se observa es una recuperación de una recesión que fue resultado sobre todo de un empujón fiscal a la demanda y el final del dispendio de los inventarios. Se espera que ambos factores pierdan fuerza en el curso de 1976 [...] Parece poco probable que la inversión empresarial fija se convierta en un importante factor de fuerza [...] la tasa del ahorro personal es ahora extremadamente alta [...] se espera que la recuperación sea vacilante en algunos países.

Las fuentes oficiales y los institutos de investigación económica, e incluso algunos políticos en Alemania (Instituto IFO en Munich), Francia (el primer ministro Chirac, *LM*, 27 de noviembre de 1975; economistas empresariales, 1976; Plan Nacional 1976-80, *LM*, 20 de enero de 1976), Gran Bretaña (*FT*, 22 de enero de 1975), Japón (*Far Eastern Economic Review [FEER]*, 28 de noviembre de 1975, 26 de marzo de 1976): todos sugieren que no hay prospectos inmediatos de una recuperación de la *inversión* y que el desempleo creado por la recesión de 1973-75 no se eliminará probablemente en la "recuperación" de 1976 o 1977 o 1978, ni siquiera si ésta dura tanto como eso, lo cual es muy improbable si la inversión no aumenta y el desempleo persiste.

En estas circunstancias, es difícil encontrar otra cosa que orgullo profesional fuera de lugar en el ex-presidente del Consejo de Asesores Económicos del presidente, Walter Heller, cuando en su discurso presidencial a la Asociación Económica Norteamericana, el 29 de diciembre de 1974, preguntó "¿Qué está bien en la ciencia de la economía? y se respondió a sí mismo y a su público que nosotros los economistas "tenemos muchos pecados, ninguno mortal, que confesar, pero éstos están compensados ampliamente por las virtudes, todas vivas, que legítimamente podemos profesar". Sin embargo, Heller observa que Gunnar Myrdal y Robert Heilbroner afirman —y con mucha razón— que estar retrasado es la debilidad metodológica común de los economistas del *establishment*. Y Heller mismo nota que la "inflación puede ya no ser el 'enemigo público número uno', ahora que una grave recesión pesa sobre nosotros, pero seguramente es el 'enemigo número uno del economista' ". No obstante, Heller se atreve a afirmar que "en un sentido muy real, los economistas han sido víctimas de su propio éxito. La política macroeconómica es la mayor fuerza que mantiene a la economía de posguerra en un plano mucho más alto que la de preguerra". Sólo "Vietnam sacó a la economía de su curso" y tiene la culpa de que la profesión "no haya explicado [o enjaulado] satisfactoriamente a la estagflación" (Heller, *AER*, marzo de 1974). Sombras de las felicitaciones, de Samuelson al National Bureau of Economic Research, excepto, que Heller tiene la temeridad de felicitar a sus colegas y a sí mismo como presidente del Consejo de Asesores Económicos del presidente, por haber enjaulado al tigre mediante la política macroeconómica, y de decir que ¡sólo Vietnam ha sido el huracán desorientador del curso que sus economistas habían mantenido! Y eso luego de haber escalado la guerra contra Vietnam y haberla financiado dentro de la política macroeconómica empleada en el intento por enjaular o por lo menos exportar al tigre de la crisis cada vez más profunda de la acumulación de capital mientras éste era todavía un pequeño cachorro, a mediados de los sesentas, y antes de que se

escapara, en los setentas, a pasear por las calles, los callejones y los campos del mundo. Pero antes de proceder a examinar esta crisis en sí misma, tal vez sería apropiado evaluar la pretensión de que una de las virtudes vivas de los economistas es haber inventado e invocado la política macroeconómica y que fue esta política la que mantuvo en alto a la economía, por lo menos antes del presente. Lo mismo que las predicciones de los economistas, se verá que ninguna de las pretensiones explícitas e implícitas tiene base alguna en la realidad.

SEGUNDA PARTE

EL CARÁCTER DE CLASE DE LA POLÍTICA KEYNESIANA

La afirmación de Walter Heller, ex-presidente del Consejo de Asesores Económicos del presidente, en su discurso presidencial ante la Asociación Económica Norteamericana, de que "la política macroeconómica fue el factor principal que mantuvo a la economía de posguerra en un plano mucho más alto que la economía de preguerra" (*AER*, marzo de 1974) se ve desmentida por cualquier examen objetivo del expediente económico antes y después de la segunda guerra mundial. La idea, implícita en su afirmación y explícita en muchas declaraciones similares, de que la política económica gubernamental, neutral ante las clases, basada en la teoría keynesiana, puede asegurar y de hecho asegura ahora un crecimiento económico continuo sin desempleo ni inflación en los países capitalistas industrializados (y que puede hacer otro tanto en los subdesarrollados), es contraria tanto a las evidencias visibles como, por tanto, a cualquier teoría aceptable del proceso capitalista de acumulación de capital.

De modo semejante, Paul Samuelson escribe en la cuarta edición de su *Economics*:

aquí, al final del análisis que hicimos en la segunda parte de la economía agregativa o macroeconomía, debemos formular un principio importante de la economía moderna. *Según su síntesis neoclásica: mediante un reforzamiento apropiado de las políticas monetarias y fiscales, nuestro sistema de empresa mixta puede eludir los excesos de bonanza y descenso y puede aspirar a un crecimiento progresivo sano* (Samuelson, 1955, p. 360).

Para comenzar, la política pública "keynesiana", macroeconómica y anticíclica, de estabilización y crecimiento, se ha practicado, como Keynes mismo observó, a través de la historia y nunca aseguró un crecimiento sostenido y no. cíclico. Más particularmente, como Marc Blaug (pp. 414 s.) recuerda,

los principales economistas norteamericanos apoyaron fuertemente un programa de trabajos

públicos y atacaron específicamente la consigna de un presupuesto equilibrado. Una larga lista de nombres, incluyendo a Slichter, Taussig, Schultz, Yntema, Simons, Gayer, Knight, Viner, Douglas y J. M. Clark, concentrados sobre todo en las universidades de Chicago y Columbia, pero con aliados en otras universidades, fundaciones de investigación y círculos gubernamentales y bancarios, se declararon por escrito, mucho antes de 1936 [año en que se publicó la *Teoría general* de Keynes] a favor de las políticas que hoy podríamos llamar keynesianas. Del mismo modo, en Inglaterra, como ha mostrado Hutchison (1968), nombres como Pigou, Layton, Stamp, Harrod, Gaitskell, Meade, E. A. G. y J. Robinson se mostraron públicamente a favor de un gasto público compensatorio [. ..] Un modo justo de resumir las evidencias consiste en decir que la mayoría de los economistas, por lo menos en los países de habla inglesa, se unieron respecto a las medidas prácticas para resolver la depresión, pero estuvieron abiertamente desunidos respecto a la teoría que subyacía a estas conclusiones prácticas [. ..] En un sentido, pues, la teoría keynesiana tuvo éxito porque produjo las conclusiones prácticas que la mayoría de los economistas defendían de todas maneras, pero las produjo como inferencias lógicas de una teoría sumamente coherente [...]

Pero la aplicación del remedio macroeconómico "keynesiano", tanto antes de que Keynes escribiera como después, no curó al paciente económico ni permitió su crecimiento progresivo sano antes de la segunda guerra mundial; de manera que no está claro por qué se espera que esa política produzca, o se dice que ha producido, un crecimiento sano en un alto nivel desde la guerra (¡lo cual ni siquiera se esperaba de ella inmediatamente después de la guerra!) Ciertamente, en los Estados Unidos fue la guerra misma lo que eliminó a los diez millones de desempleados y "saneó" la economía. En Alemania, Italia y Japón, lo hicieron la política "keynesiana" y la política fascista de Hitler, Mussolini y Tojo, basadas en la represión doméstica —especialmente de la tasa de salarios y la expansión externa que espoleó de nuevo la acumulación de capital. Sólo la propia Gran Bretaña, que precedió al resto del mundo en la depresión ya en los años veinte, disfrutó de una recuperación cíclica más temprana (aunque no está claro que ello se debiera a Keynes o a la macroeconomía), mientras sufría de una depresión estructural siempre en aumento y una pérdida de su liderazgo mundial frente a los Estados Unidos. Precisamente, fue el acceso de los Estados Unidos al puesto dominante del mundo, en lo económico, lo político y lo militar, gracias en particular a los efectos de la depresión (y a la ineffectividad de la macroeconomía keynesiana para superarla) y a la guerra de poderes rivales (y no a la política keynesiana macroeconómica de posguerra), lo que

mantuvo a la economía norteamericana en un plano relativamente más alto después de la guerra.

Además de los beneficios que reportó al capital norteamericano y a su capacidad para mantener un "crecimiento progresivo *sano*" durante los años de posguerra, la posición de dominio del capital norteamericano sobre sus rivales entonces dependientes en el resto del mundo capitalista, tanto desarrollados como subdesarrollados, el capital norteamericano también prosperó debido a la relación, altamente favorable para él, que tuvo con el trabajo a raíz de la propia depresión, el fascismo y la guerra. La depresión de la tasa de salarios y la destrucción de los sindicatos en Alemania e Italia y la derrota socialdemócrata del movimiento obrero en Italia, Francia y Gran Bretaña después de la guerra, proporcionaron enormes beneficios, primero al capital norteamericano, durante y después del Plan Marshall, y luego al capital nacional y aun, indirectamente, al norteamericano, en esos países. Fueron estas relaciones de clase entre el capital y el trabajo, estas relaciones internacionales imperialistas dentro del capital, además de la destrucción económica y física del capital durante la depresión y la guerra respectivamente, más la permanente economía de guerra que desde la guerra se mantuvo, primero, mediante la histeria anticomunista artificialmente estimulada y luego con la carrera armamentista —y no por la macroeconomía keynesiana—, lo que permitió una nueva ola masiva de inversión de capital y de acumulación en un alto plano, en la economía de posguerra.

La tesis del crecimiento progresivo y sano de alto nivel mediante la política macroeconómica en el periodo de pos-guerra está desmentida también sobre otras bases. Para los Estados Unidos, dice persuasivamente Steindl en su *Maturity and Stagnation of American Capitalism*, esa expansión prolongada ya no era posible en los años cincuentas; y Baran y Sweezy trataron de explicar en *El capital monopolista* cómo las tendencias hacia el estancamiento, particularmente después de su fortalecimiento, a partir de los sesentas, sólo se contenían mediante un gasto excesivo, especialmente militar, del "excedente económico". Desde mediados de los sesentas, el *boom* Kennedy-Johnson se prolongó, y se eludió o pospuso la recesión, sólo mediante la escalada de la guerra contra Vietnam y la política monetaria expansionista que inundó el mundo con "euro" dólares y prestó el apoyo monetario necesario a la subsecuente inflación de los setentas. Pero ese *boom* y la inflación condujeron al capital y a sus representantes en el gobierno a aceptar, incluso a promover, la recesión —supuestamente para luchar contra la inflación como el "enemigo público número uno".

Incluso la supuesta capacidad y efectos "estabilizadores" de la política macroeconómica son más que dudosos. Los economistas de derecha, como Milton Friedman, que se oponen al uso

de una política fiscal expansionista porque implica un gasto público que puede beneficiar no sólo al capital sino también al trabajo, han sostenido todo el tiempo, por supuesto, que una política fiscal no puede estabilizar la economía —y que, debido a los retrasos en su implementación y efectos, puede por cierto desestabilizarla—, mientras que afirman que su política monetaria, que beneficiaría al capital más directa y exclusivamente, podría supuestamente no sólo servir para estabilizar sino para eliminar del todo las fluctuaciones del ciclo económico; y llegan tan lejos como para pretender que sólo una declinación inadecuada y fuera de tiempo de la reserva de dinero causó la gran depresión. Un número creciente de estudios realizados por la izquierda (Cf. Miller et al., capítulo 3, secciones 6-7) y otros economistas muestran que ni la política macroeconómica fiscal ni la monetaria estabilizan ni pueden estabilizar, mucho menos eliminar, las fluctuaciones cíclicas en el proceso de acumulación de capital. Los así llamados estabilizadores automáticos intraconstruidos (como los impuestos que se elevan en las expansiones y bajan en las contracciones) tienen efectos más directos en los gastos de consumo que en la inversión, que es el factor inestable más importante de la acumulación. Más aún, como muestra el ataque contemporáneo a los gastos correspondientes a la seguridad social, algunos de esos "estabilizadores automáticos" son automáticamente expulsados del sistema de nuevo, cuando los intereses del capital lo exigen y la no-militancia obrera lo permite. La política discrecional macroeconómica de estabilización es precisamente eso; se ejerce a discreción de los poderes prevaletentes y como una función de sus intereses económicos y políticos. Si los economistas han sido incapaces de prever la amplitud de las alternancias cíclicas y de sus cambios cíclicos, no debe sorprendernos que hayan sido incapaces también, en el ejercicio de su asesoría o discreción, de restringir esa amplitud y, más aún, de evitar las caídas. En el mejor de los casos, las alternancias han sido moderadas a veces en algunos países, mientras a menudo los efectos estabilizadores de la política macroeconómica han sido muy leves o inexistentes y, a veces, han agravado las alternancias cíclicas. Por ejemplo, en los Estados Unidos, en cada recesión desde 1948, el empleo federal declinó y en las expansiones intermedias aumentó (Moore, *AER* mayo de 1974, p. 135). Además, la política del "estira y afloja" (*stop-and-go*), tal como se la ha practicado desde hace mucho en Gran Bretaña, que es necesaria para acompañar o moderar las fluctuaciones en el proceso de acumulación, es en sí misma dañina para la libertad del capital, cuya confianza para invertir en el lugar disminuye, especialmente si puede emigrar a otra parte (Müller et al., capítulo 3).

La incapacidad de la política macroeconómica de estabilización no se debe, sin embargo, a los problemas de la predicción y de la eficacia técnica. Por el contrario, aunque el capital y el

Estado capitalista sin duda desean emplear la política macroeconómica discrecional para evitar los excesos de inflación y desempleo que pudieran resultar políticamente amenazadores, el capital y los gobiernos a su servicio sin duda emplean tanto la inflación como el desempleo —y la política discrecional para promover una u otro, o ambos— en el interés y el beneficio del capital. Esto fue el caso claramente respecto a la inflación, que el capital ha deseado y los gobiernos han apoyado —hasta cierto punto. Incluso *Fortune*, la voz de la gran empresa norteamericana, reconoció en agosto de 1974 (p. 25) que "en los meses recientes, sin embargo, el verdadero impulso a esos precios ha procedido de los hombres de negocios que luchan por restaurar sus márgenes de beneficio [...]". En realidad, las evidencias muestran que cuanto mayor es la amenaza a las ganancias, de un tiempo y lugar a otro, y cuanto más alto es el grado de monopolizaciones entre industrias o países, más alta es la inflación inducida por lo primero y hecha posible —con la aquiescencia o apoyo del gobierno— por lo segundo (Schui, Sherman, Edwards y Sherman).

Así, la reciente inflación mundial ha sido más grave precisamente en los países industrializados —Gran Bretaña, Italia y Japón, en cada uno de los cuales la inflación llegó a una tasa anual del 25%— en los que la tasa de beneficio había declinado más. Entre los países subdesarrollados también, los despegues inflacionarios más fuertes ocurrieron en aquellos momentos y lugares en que el capital había sufrido la mayor declinación en sus beneficios y donde la crisis de la acumulación había llegado a ser más grave. Del mismo modo, como entre las industrias de países particulares, las alzas de precios son más marcadas en las industrias más monopolizadas. Howard Sherman (*Monthly Review [MR]*, marzo de 1976, pp. 32-33) muestra que en los años de recesión norteamericana, 1953, 1958 y 1969, los precios competitivos declinaron en un 1.5%, 0.3% y 3.0% respectivamente, mientras los precios de los monopolios aumentaron en un 1.9%, 0.5% y 5.9% respectivamente en los mismos años. En 1948, cuando el grado de monopolización todavía no era alto, los precios competitivos habían caído 7.8% y los precios de los monopolios bajaron también, pero mucho menos, sólo 1.9%. Y este comportamiento inflacionario de los precios de los monopolios en comparación con los competitivos ocurre a pesar de que en las recesiones entre 1947 y 1965 los beneficios de las industrias monopolizadas sólo declinaron en un 26.7% en promedio, mientras que los de las industrias competitivas declinaron en un 51.7%, y en las industrias más pequeñas, con menos de \$250000 en activo, los beneficios descendieron en promedio 82.7%.

John M. Blair (*Journal of Economic Issues [JEI]*, junio de 1974, pp. 457.58) escribe:

el cambio en los precios en la recesión de diciembre de 1969 a diciembre de 1970, medido por categoría de concentración para los 296 productos [...] [muestra que] el *aumento* promedio para los productos con cocientes de concentración del 50% o más (5.9%) fue casi tan grande como el *descenso* para los productos con cocientes de menos del 25% (—6.1%%). Los del grupo intermedio (por ejemplo, con cocientes de 25 a 49%) registraron una modificación intermedia, declinando en —1.0% [...] Obviamente, las industrias concentradas tienen más éxito en traducir sus costos superiores (y tal vez otros factores) en precios más altos.

En Alemania también, según el resumen que hace Herbert Schui (*FR*, 6 de marzo de 1976, p. 5) de su estudio de la recesión más reciente:

Las industrias en que unas pocas grandes firmas tienen la mayor parte de las ventas aumentaron sus precios significativamente más en 1974-75 que las industrias en que las grandes firmas no tienen una participación superior al promedio en el mercado. La imagen refleja de lo anterior es que la producción declina en las ramas industriales altamente concentradas (aquellas que tienen las tasas de inflación más altas en la recesión) significativamente más que en los sectores industriales con sólo poca concentración.

Desde la perspectiva de Argentina, Víctor Testa observa:

El pleno empleo contribuyó a dar capacidad a muchos grupos para obtener aumentos adicionales en sueldos y salarios mediante sus propios esfuerzos, y contribuyó a espolear la militancia sindical nacida durante el proceso político de los años recientes. Al mismo tiempo, es indudable que esta posición de fuerza de la clase obrera conduce a la burguesía a renovar su proceso inflacionario para recuperar sus niveles de ganancia mediante las alzas de precios. La inflación como respuesta a los aumentos salariales fue una política claramente aplicada en Francia en 1968, en Italia en 1969 y en Chile en 1970.73, y no podía sino aparecer también en Argentina. Lo que hace que Argentina semeje más a Francia que a Chile es que los aumentos salariales fueron obtenidos mediante la acción obrera y no a través de la política oficial; lo similar en los tres casos es que la respuesta de la burguesía es el alza en los precios y la inflación, lo que transfiere la demanda de ingresos del interior de la fábrica al frente económico general (Testa, *Aspectos económicos de la coyuntura actual 1933-1975*).

Roger Bratenstein escribe:

Parece notable que ninguno de los once países subdesarrollados con una tendencia continua a subir el producto nacional en el periodo examinado [...] sufriera de una inflación grave prolongada. En contraste, los países que sufrieron una gran alza de precios (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Uruguay) fueron sin excepción golpeados por retrocesos graves (Bratenstein, p. 322).

Notable ciertamente: que suponga que los retrocesos en el crecimiento sean causados por la inflación y los ascensos continuados sean sólo posibles cuando ésta no existe. Su correlación sin duda correcta no es notable en absoluto, porque los "retrocesos" en el crecimiento que registra están asociados con declinaciones recesionarias en la tasa de ganancias a las que el capital y sus complacientes gobiernos (incluso en el Chile de Allende, 1970.73) responden con aumentos de precios... y represión política.

Pero la "cura más segura para la inflación es la recesión severa", como Royal Little, un miembro vivo del Salón empresarial de la fama, de *Fortune*, y fundador de las Textron Industries, observó recientemente (citado en Edwards, *Union for Radical Political Economics [URPE]*, p. 44). Y en tanto la amenaza a las ganancias —que el capital trata de recuperar aumentando los precios— se debía en parte al aumento en los sueldos al trabajo, la cura más segura es también una recesión. Sin embargo, generalmente tiene que ser una recesión larga, porque los salarios normalmente se retrasan en la vuelta del ciclo (y la verdadera tasa de salarios, aunque no el total del pago de salarios, incluso sube al principio mismo de la recesión a menos que vaya junto con una inflación sustancial). Así, después del *boom*. Kennedy-Johnson en los Estados Unidos, en que los salarios también subieron, el capital exigió un ataque recesionario sobre los salarios. El administrador del presidente Nixon encargado de la congelación de salarios, Arnold Weber, admitió que las empresas "habían confiado" en la administración "para que hiciera algo respecto a los salarios [...] La idea de la congelación y de la fase II era golpear al trabajo y eso hicimos" (citado en Gordon, *URPE*, 34). Más particularmente, Nixon reemplazó el exceso presupuestario de 12 000 millones de 1967 por un déficit presupuestario de 12 000 millones en 1969, sobre todo cortando los gastos de seguridad social, como parte de la política deliberada Nixon-Moynihan para dismantelar el programa de la Nueva Frontera de Kennedy y el de la seguridad social de la Gran Sociedad de Johnson (Kapitalstate Collective, Barkin *URPE*).

Puede decirse que la recesión norteamericana de 1969-70 fue en gran parte deliberadamente inducida en lo político por Nixon, aunque entonces él no tuvo el valor de persistir en ello hasta cumplir con su tarea: la de reducir los salarios y disciplinar al trabajo

y a los competidores extranjeros. Así que tuvo que recurrir a la *New Economic Policy* (nueva política económica) el 15 de agosto de 1971; y una recesión sustancialmente también inducida, pero mucho más fuerte y larga, en todo el mundo capitalista industrializado estaría reservada para 1973-75.

La recesión deliberada, como estrategia del "gobierno laborista", fue también evidente en la reciente recesión en Gran Bretaña. El vocero mismo de la gran empresa inglesa, el *FT* (25 de febrero de 1975 y 16 de abril de 1975) observó:

El *quid* de la cuestión es simplemente éste: que el desempleo está creciendo bastante rápido y que el compromiso del señor Healy [canciller del tesoro] con la tarea de impedir aumentos excesivos de salarios y restringir la demanda tenderá a hacer que aumente aún más rápido [...] El canciller ha decidido presentar un presupuesto levemente deflacionario [...] Se dirá, y no del todo injustificadamente, en vista de la resistencia de los laboristas a los controles directos sobre las tasas de salarios, que el gobierno ha perdido fe en la eficacia del contrato social y está confiando, en cambio, en un alto desempleo para mantener las demandas de salarios en un nivel razonable. El hecho de que el señor Healy expresa y absolutamente rechace el uso del "desempleo masivo" como un instrumento político puede muy bien parecer a los que están a su izquierda nada más que una sutileza semántica.

Tal vez es un poco más que una sutileza, puesto que el señor Healy sin duda también tenía en mente la advertencia del secretario general del Congreso de Sindicatos (TUC), Len Murray (*FT*, 22 de enero de 1975), de que "un desempleo alto mataría el contrato social y con ello la capacidad del TUC para asegurar cierta medida de restricción voluntaria de salarios".

Por otra parte, el importante semanario financiero inglés, *The Economist* (21 de septiembre de 1974 y 28 de diciembre de 1974) anota con satisfacción que las huelgas se correlacionan inversamente con el desempleo, esto es: según el desempleo aumenta en un 1%, las huelgas disminuyen en un 8%. Por otra parte, mientras que las huelgas normalmente muestran una correlación positiva con la declinación de los salarios, las declinaciones salariales controladas mediante políticas de ingresos pueden aparentemente romper con esta correlación: según *The Economist* (21 de septiembre de 1974) "es una falsa idea muy popular que los controles de salarios producen más huelgas. Lo contrario es generalmente cierto". Los controles de salarios y las políticas de ingresos, señala *The Economist*, han producido en los Estados Unidos y en Inglaterra *menos* huelgas. Pero, por supuesto, como señala el secretario general del TUC, Murray, para eso, el contrato social debe preservarse. Si no se lo preserva o si la burguesía pierde fe en su eficacia, la alternativa es una política de recesión deliberada

para crear desempleo

Revisando la reciente política macroeconómica en varios países capitalistas industrializados, Oscar Braun escribe, citando diversas fuentes oficiales y otros análisis:

Esta política deliberada de recesión se ha hecho a veces explícita. En noviembre de 1974, el canciller del tesoro de Inglaterra declaró: "Si los salarios aumentan más allá de los límites fijados por el TUC, el gobierno estará obligado a tomar medidas definitivas para reducir la demanda. Y los efectos [...] *tendrán que conducir al desempleo.*" En otras palabras, si los obreros exigen salarios más altos, el gobierno cuidará de dejarlos sin trabajo [...] La política de "recesión deliberada" no fue exclusivamente británica; fue mundial. La gravedad de la actual recesión puede atribuirse en gran parte a las políticas monetarias y fiscales restrictivas. En Francia, "para el otoño las medidas antinflacionarias que el gobierno tomó a mediados de año —combinadas con el empeoramiento del clima económico internacional— rápidamente redujeron el ritmo de expansión". En Alemania, "la política económica [...] del último año estuvo únicamente dirigida hacia una restricción económica". En Italia, "la producción industrial cayó dramáticamente sobre todo debido a las drásticas medidas tomadas para corregir el alto equilibrio de pagos y para disminuir la tasa de inflación". En Japón, "las restricciones de créditos que se hicieron a fines de 1973 contribuyeron significativamente al subsecuente descenso de la producción".

Las organizaciones internacionales al servicio del capital apoyan políticas de recesión deliberada no menos entusiasta y claramente: "Más desempleo y restricción al crecimiento pedidas en el informe del FMI como remedio a la inflación" dice un titular del *Times* de Londres del 16 de septiembre de 1974. Un año más tarde, al principio de la recuperación, el EO del OCDE de diciembre de 1975 informaba aprobatoriamente:

Una recuperación más bien moderada [...] puede no ser una perspectiva desagradable para los países implicados [...] No pueden ignorar la tasa continuamente alta de inflación y el riesgo de darle un nuevo impulso. Las políticas parecen más cautas que durante los anteriores periodos de recuperación, y los gobiernos están decididos a evitar la repetición de los errores de la fase de demanda excesiva en 1972.73 (OCDE, 1975, pp. 5, 7).

Esta "no desagradable moderación de la recuperación" es la de países cada uno de los cuales, en ese momento, tenía casi un millón de desempleados, excepto los Estados Unidos que tenían casi ocho millones. Medio año más tarde, cuando esto se escribe, el *FR* (13 de julio de 1976) informa bajo el subtítulo "El debilitamiento de la expansión debe supuestamente

evitar el sobrecalentamiento", que el ministro de Economía de la República Federal Alemana, Hans Friedrich, observa "un cierto debilitamiento en el ritmo de expansión después de la fase inicial, pero que este desarrollo está en total acuerdo con la estrategia de crecimiento de su ministerio, el cual busca evitar un temprano sobrecalentamiento", mientras el desempleo todavía pasa de 700000 (subió a 1 millón de entonces a la fecha. A.G.F., diciembre de 1976), sin contar con los *Gastarbeiter* (trabajadores inmigrantes) que volvieron a sus países de origen.

Desde que se escribió lo anterior (en julio de 1976) han salido a la luz pruebas mucho más alarmantes de la política contemporánea de desempleo deliberado (a fines de 1976). Como ejemplos representativos —y simbólica o políticamente muy significativos— podemos anotar los dos siguientes. Junto con su EO semianual, publicado en julio de 1976, la OCDE publicó un "Suplemento Especial: Un panorama del crecimiento hasta 1980", que cuida de presentar diciendo:

Las cifras presentadas, aunque se basan en parte en trabajos nacionales sobre las perspectivas y problemas a mediano plazo, no deben interpretarse como si representaran las estimaciones nacionales o las del secretariado de la OCDE de los desarrollos más probables para los próximos cuatro años. La finalidad de este ejercicio, como se indica en su título, es simplemente presentar un conjunto internacionalmente consistente de cifras que ilustran uno entre varios posibles desarrollos.

Sin embargo, el bien informado *LM* (29 de julio de 1976) se ocupaba de esta publicación en un editorial titulado "El peligroso panorama de la OCDE" y observaba que:

todas estas precauciones no bastan para quitar a este trabajo su carácter altamente político. Es [este documento] lo que sirvió de base a la discusión en la reunión de los ministros de veinticuatro países miembros de la Organización [...] el 21 y 22 de junio pasados, en París. Después de esta conferencia se adoptó una declaración [...]

Esta atención desacostumbrada —y los cuidados por parte de la propia OCDE es merecida porque como el documento mismo dice:

Se trata, más bien, de uno de los posibles panoramas, diseñado para señalar dificultades y problemas que es posible se hayan de enfrentar en la formación de la política económica en esos años. Este panorama [...] identifica cierto número de *rasgos indeseables* que serán de gran importancia durante el periodo, a saber, tasas de inflación y desempleo notablemente

más altas que en los sesentas, y *divergencias significativas en la actuación económica entre países miembros* que corren el riesgo de volverse permanentes [...] Según este panorama, la producción crecería en promedio, entre 1975 y 1980, en aproximadamente un 5^{1/2} % por año [...] El periodo entre 1973 y 1980 es en varios sentidos el intervalo más apropiado para considerar la tendencia subyacente [...] a un poco menos del 4% anual [...] Para algunos países es probable que el desempleo siga siendo un problema serio en los años por venir [...] Lo mismo, desde luego, ocurre con la inflación [...] Hay ciertamente el peligro de que la gama de desarrollos posibles en países individuales sea más amplia de lo que muestra el panorama. Sería ciertamente tentador considerar un panorama más favorable, en el que se alcanzara más rápidamente un pleno empleo de los recursos sin un resurgimiento serio de la inflación y con menos divergencias de actuación entre los distintos países. Desafortunadamente, hay pocas bases para creer que ésa sería una alternativa realista, a menos que las políticas económicas resulten mucho más efectivas que en el pasado. Los intentos por alcanzar una tasa de crecimiento significativamente más rápida conducirían al mundo, casi con certeza, de vuelta a la experiencia de 1973-75, de inflación seguida de recesión. El problema central para la política común a todos los países es la tasa de inflación [; no el desempleo que perdura desde 1973-75!] [...] una recuperación relativamente moderada [...] sería preferible a un ascenso brusco (OCDE pp. 125-28; énfasis original).

El mismo documento continúa más adelante:

El análisis del presente panorama permite la identificación de algunos de los problemas prácticos que pueden surgir [...] Habrá que hacer en muchos países un esfuerzo especial para restringir a mediano plazo la tasa de consumo tanto privado como público, para enfrentar dos grandes exigencias de la demanda en el periodo cubierto por las proyecciones. Éstas son: i) Un aumento en la participación de la inversión en la producción [...] ii) Un porcentaje incrementado de exportaciones [...] Las presentes proyecciones [¡ya no "panoramas"!] prevén, implícitamente, un traslado cuantioso en la distribución del ingreso del área de la OCRE al área de la OPEP en la esfera internacional y del trabajo al capital en el interior. Esto es, por supuesto, la contrapartida de los traslados en la colocación de recursos, para la exportación y la inversión [...] En la primera instancia, un renacimiento de la demanda de inversión depende de la confianza fortalecida en la probabilidad de un alza sostenida de las ventas y las ganancias. A largo plazo, puede resultar necesaria alguna acción para asegurar que el renacimiento de la inversión empresarial no se vea cortado por falta de ganancia o de capital necesario [...] Parece haber, sin embargo, por lo menos en algunos países, una fuerte aprehensión de que la baja

rentabilidad y/o el financiamiento obstruido de estos flujos de inversión puedan oscurecer sus logros... [Esto] implica una reducción de las tasas de crecimiento de los salarios reales y por tanto del consumo de la población del área en su conjunto, en relación con el crecimiento de la producción —por lo menos a media-no plazo... Se planea un ritmo más lento de gasto público [...] en varios países (OCDE, pp. 129, 134.38).

No es extraño que la OCDE tomara tantas precauciones en su introducción, si éste es el panorama de las dificultades y problemas que se han de enfrentar en la formación de la política económica durante estos años.

La OCDE aclara aún más en su siguiente EO publicado en diciembre de 1976:

El hecho de que la recuperación parezca haberse frenado significativamente y tan pronto en los países en que sería adecuada una fuerte demanda doméstica, ha sido considerado por algunos observadores como signo de fracaso [.. .] Ese juicio, con su implícito pesimismo para el futuro, parece altamente discutible. Sería más certero decir que las políticas aceptadas han producido en gran parte lo que sus autores esperaban de ellas [...] Cuando se trató de una acción deflacionaria en 1975, los gobiernos fueron intencionalmente cautos en su otorgamiento de estímulos fiscales, a pesar de la existencia de una gran distensión [...] Los gobiernos fueron, en la mayoría de los casos, igualmente cautos en la política monetaria que se acomodara a la recuperación conforme ésta se desarrollaba porque las lecciones del renacimiento anterior eran fáciles de percibir. Bajo estas circunstancias, no fue sorprendente que, conforme los efectos del estímulo fiscal se desvanecían y el cambio en el ciclo de inventario se cumplía, la recuperación se debilitara [...] Dado lo que estaba en juego, puede considerarse que esto es un signo de éxito, no de fracaso [...] Un retorno rápido al pleno empleo y uso de la capacidad se considera como una finalidad estéril [...] (pp. 5-6).

Encontramos un ejemplo aún más revelador de la política de desempleo deliberado, y de la colaboración — ¿o complicidad?— entre la iniciativa privada, la economía y la política para imponerla, en el largo artículo de Sanford Rose, en *Fortune* (septiembre de 1976), titulado "Hemos aprendido a vencer la inflación". Los editores presentan el artículo de la siguiente manera:

Este artículo es el primero de una serie que *Fortune* publicará bajo el título "Una agenda para el nuevo gobierno". . En buena parte, los artículos de esta serie serán prescriptivos [...]

Este artículo se publica en un momento en que el desempleo en Estados Unidos acaba de aumentar, de su mínimo “bajo” desde 1974, 7.3% en mayo de 1976, a 7.8% en septiembre y que seguiría aumentando hasta llegar al 8.1% en noviembre de 1976.

Sin embargo, hay buenas razones para creer que una guerra sin cuartel contra la inflación debería ser nuestra prioridad nacional [...] En 1969 se pensaba generalmente en el Consejo de Asesores Económicos que todo lo que necesitábamos era dar a la inflación un poquito de esa medicina pasada de moda: la recesión. Tuvimos una recesión en 1970 y otra en 1974-75, pero los precios siguieron aumentando. La mayoría de los economistas se sintieron desalentados [...]

La tasa de inflación es aproximadamente igual al aumento en los sueldos menos el aumento en la productividad [...] Así, si deseamos bajar la tasa básica de inflación [. . .] el único modo, seguro de lograrlo es mantener un alto grado de debilitamiento en el mercado de trabajo, más de lo que se ha tenido durante la mayor parte de los últimos diez años. Está claro que una vez que la tasa de desempleo cae bajo cierto punto, se vuelve cada vez más difícil, si no imposible, controlar la inflación. Pero, por muchos años, los economistas pensaron que ese punto era alrededor del 4% —cifra que llegó a considerarse la tasa de desempleo correspondiente al “pleno empleo”. Ahora resulta que el 4% es, con mucho, demasiado bajo. *De hecho, ha sido bajo para los últimos veintiocho años.* Según un análisis realizado por [el profesor Robert] Hall, del MIT, uno de nuestros más notables economistas del mercado de trabajo, la tasa sostenible de desempleo —la tasa bajo la cual la inflación comienza a acelerarse— era de alrededor del 5% ya en 1948 y ha aumentado hasta entre el 5.5 y el 6% en los últimos años... Los cálculos de Franco Modigliani, también del MIT, confirman aproximadamente los hallazgos de Hall.

La tasa de desempleo sostenible o “natural”, como ahora la llaman, se alcanza cuando hay un equilibrio aproximado entre la oferta y la demanda de obreros altamente productivos (p.e., hombres jóvenes); en ese punto, habría una oferta excedente de obreros menos productivos (p.e., adolescentes). Cuando se empuja la tasa de desempleo por debajo de su nivel natural mediante políticas monetarias y fiscales sobre-expansivas [...] los salarios se alzan a niveles mucho más altos [...] Entre 1951 y 1953 [...] el desempleo cayó por debajo de su tasa natural [...] De 1964 a 1970, la tasa de desempleo cayó de nuevo por debajo de su nivel natural y el pago por hora aumentó [. . .] En 1973, cuando el desempleo cayó por debajo de su tasa natural, hasta de 4.9%, el alza en compensación subió hasta el 7.8%. Estas cifras dejan bien claro que el desempleo debe permanecer en niveles mucho más altos de lo que permite la retórica

política convencional [...] Idealmente, la operación total debería estar sincronizada de modo que [. .] la tasa de desempleo quede entre 5.5 y 6% [...] Sin embargo, sería imprudente plantearse como meta esta situación ideal. En la práctica, es casi imposible para el gobierno lograr esa perfecta sintonía. Sería mejor errar del lado del conservadurismo, y dejar de bajar la tasa de desempleo cuando se acerca al 6%. Si adoptamos esta postura, la tasa del aumento de los sueldos por hora continuará bajando. No hay duda de que la tasa ha bajado gracias a las tasas altas de desempleo de los últimos dos años.

En un recuadro que acompaña este artículo. *Fortune* también informa sobre "Las buenas nuevas del profesor Wachter":

Entre los economistas hoy día especializados en el problema de la inflación de los salarios, uno de los más optimistas es actualmente Michael Wachter, el joven (tiene treinta y tres años) en la foto de la derecha. Wachter, profesor de la Universidad de Pensilvania, ha hecho algunos cálculos que indican que la negociación entre los aumentos de salario y el desempleo ha sido recientemente mucho más favorable, es decir, un cierto grado de desempleo tiene un efecto mayor en el mantenimiento de bajas tasas de aumento en los salarios [...] Los mercados de trabajo relajados que prevalecen desde fines de 1974 han reducido la capacidad del trabajo para exigir esas alzas de salario. En efecto, la curva [Phillips] entera se ha movido hacia el "suroeste [...] Conforme el desempleo sigue bajando, podríamos perder parte de este beneficio (*Fortune*, septiembre de 1976, pp. 100-106, todas las cursivas son del original).

¡Pero afortunadamente para *Fortune* y sus economistas de la derecha, el desempleo en ese momento estaba, y sigue, aumentando!

Así, *Fortune* da cuenta orgullosamente de cómo los economistas (no sólo figurativamente) a la derecha están ocupadísimos revisando las leyes "naturales" del desempleo "natural" para adaptarse a las necesidades de las empresas con una hoja de parra ideológica y seudocientífica para cubrir sus desnudas prescripciones políticas "para el nuevo gobierno". El artículo de *Fortune* comenzaba con una crítica a "Lawrence Klein, que está apareciendo como el principal asesor económico de Jimmy Carter [y que] ha sugerido recientemente que una tasa de inflación del 7% en 1977 no debería preocuparnos" y que también — ¡sin duda equivocadamente!— consideró todavía en agosto de 1976 que lo que pasara del 4% de desempleo sería desempleo, y que quería eliminarlo antes que a la inflación (entrevista en *USN*, 23 de agosto de 1976).

En el momento de la publicación del artículo de *Fortune*, Jimmy Carter mismo todavía estaba haciendo campaña para la presidencia de los Estados Unidos con la retórica política convencional de que lucharía contra el desempleo como el enemigo público número uno.

El septiembre, sin embargo, según el titular del *New York Times* (5 de septiembre de 1976),

Carter desvía el énfasis hacia los gastos norteamericanos. Insiste en las curvas de inflación, un presupuesto equilibrado [...] diciendo que retrasará el inicio de "costosos programas" si es elegido presidente [...] en lo que apareció como un claro cambio de énfasis político.

En declaraciones posteriores, particularmente después de la elección pero mientras el desempleo oficial todavía era de más del 7%, y en el nombramiento anunciado de un "conservador" como director del presupuesto, Carter se ha tornado cada vez más "responsable" y tiene ahora por finalidad elevar la tasa de crecimiento del 4% al 6% y tal vez cortar la tasa de desempleo a 4% para fines de su periodo de cuatro años, y considerará como un "logro notable" si consigue alcanzar su meta, reducir en 1.5 puntos el desempleo en 1977; ¡de 7.9% a 6.4%! (*IHT*, 24 de noviembre, lo. de diciembre de 1976; *USN*, 13 de diciembre de 1976). Pero en noviembre (como se anunció en diciembre), la tasa oficial de desempleo había saltado al 8.1%. Y el *New York Times* informaba ahora en un editorial que "algunos economistas sostienen que el 8 por ciento de desempleo es ahora 'normal', o sólo un poco superior a la tasa aceptable", (*IHT*, 10 de noviembre de 1976). Como señalaba correctamente el antes citado artículo de *Fortune*, "las modas en el pensamiento económico cambian con extraordinaria rapidez" —especialmente cuando los imperativos cíclicos de los intereses económicos del capital y sus ejecutores políticos requieren repentinamente de una nueva ideología económica. No es sorprendente que frente a la realidad de un desempleo masivo y esta ofensiva ideológica diseñada para tornarlo "natural", "una gran mayoría —el 66%— piensen que el pleno empleo en este país (EU) ya no es una meta realista". Sólo es un poco menos explicable que, al asignar reproches y responsabilidades por este desempleo, según la misma fuente e informe, el 69% culpe al gobierno, el 65% a los sindicatos, y el 38% diga que la iniciativa privada debe cargar con alguna responsabilidad (*USN*, 13 de septiembre de 1976).

Al mismo tiempo, el primer ministro James Callaghan se dirigió a la Conferencia del Partido Laborista británico, el 28 de septiembre de 1976, diciendo a su auditorio:

Solíamos pensar que se podía simplemente salir de una recesión gastando y aumentar el empleo recortando impuestos y aumentando el gasto público. Les digo, con todo candor,

que esa opinión ya no existe, y en tanto que alguna vez existió, sólo sirvió mediante la inyección de dosis mayores de inflación en la economía, seguidas por niveles más altos de desempleo como el siguiente paso. Esa es la historia de los últimos veinte años (citado por Friedman en *Newsweek*, 6 de diciembre de 1976, p. 45).

Así, en la patria de Keynes y del keynesianismo, el gobierno laborista de Gran Bretaña abandonó hoy 30 años de política keynesiana y anunció un estricto paquete deflacionario de 1 900 millones de libras (\$3 400 millones) en un momento de alto y creciente desempleo [...] La decisión sobre ese duro conjunto de medidas se ve aquí como un triunfo del secretario del tesoro de los Estados Unidos, William Simon, y de los conservadores financieros internacionales. En público y en privado, han estado advirtiéndole al señor Healey que no podrá esperar más ayuda para la doliente libra a menos que apriete los cinturones británicos [...] El señor Healey y el señor Callaghan han puesto esta doctrina [la economía keynesiana convencional] de cabeza [...] Los conservadores de la oposición han estado exigiendo precisamente esas medidas y por tanto aplaudieron hoy al señor Healey. (*IHT*, 23 de julio de 1976).

Para asegurarse de que el señor Callaghan y el señor Healey mantendrán su buen trabajo y el valor político o la presión para superar la resistencia dentro de su propio Partido Laborista y sus bases trabajadoras para que se paren de cabeza con los cinturones apretados, el Fondo Monetario Internacional los vigila, amenazando con retirar la dotación de \$ 3 900 millones de dólares destinados a salvar la libra.

Los consejeros económicos de los bancos suizos más importantes dicen que [Gran Bretaña necesita] la dotación solicitada de \$ 3 900 millones de dólares del Fondo Monetario Internacional, y el requisito de que un gobierno laborista estable se quede en la cumbre, porque sólo él puede llevar a cabo las políticas conservadoras necesarias para impulsar la economía [...] Lo que se necesita es un "gobierno conservador sólido", dice el señor Wyler [economista del Union Bank de Suiza]. Se ríe y añade:

"Y los laboristas son en este momento los que mejor pueden proporcionarlo". (*IHT*, 13-14 de noviembre de 1976).

Al propio tiempo, en Francia, el nuevo primer ministro, el economista profesional

Raymond Barre, propuso un plan de austeridad que, según las estimaciones de *LM*, costaría a los trabajadores franceses entre el 5% y el 15% de su ingreso, según el tamaño de éste, si fuera puesto en práctica. No es extraño que los trabajadores paralizaran el país en una huelga general en un intento por impedir la puesta en práctica del Plan Barre. En Italia, por otra parte, los democristianos ya están aplicando el programa de austeridad del señor Andreotti con el apoyo del Partido Comunista de Italia. Otros programas semejantes de austeridad han sido aplicados sobre la base de diversas coaliciones políticas a fines de 1976 en países europeos tan diversos como Portugal, España, Irlanda, Dinamarca, Grecia, Turquía, Finlandia, entre otros.

No debe sorprender entonces que

algunos analistas de Wall Street hayan empezado a centrarse en algo más básico que una pausa o un adormecimiento... [Uno de ellos dice:] "El crecimiento de la mayoría de las economías europeas durante 1977 será, en el mejor de los casos, un poco peor que en 1976, y en el peor de los casos, será desastroso." El quid de ambos análisis es el incierto impacto sobre la economía mundial de las políticas deflacionarias adoptadas en varios países. Estas políticas están dirigidas a reducir, más que estimular, la demanda doméstica total... "Si se considera que estas medidas deflacionarias han sido adoptadas en un clima de alto desempleo y lento crecimiento económico, uno debe conceder que son por lo menos bien intencionadas", dice. Pero cree que todavía es discutible si pueden lograr los resultados esperados sin un grave retroceso del empleo, o si el clima político es suficientemente fuerte para permitir su aplicación (*IHT*, 4 de noviembre de 1976).

No quedan sino pocas dudas, por lo tanto, de que la política macroeconómica de los gobiernos nacionales en los países industrializados, para no hablar de los subdesarrollados, es una política de clase para emplear el poder estatal en el interés de la clase capitalista de acuerdo con exigencias a corto, mediano y largo plazo del proceso necesariamente accidentado de acumulación de capital a través de la explotación del trabajo. La pretensión de que la política macroeconómica nacional está diseñada y capacitada para producir un crecimiento progresivo sano en un alto plano para el pueblo en general no es más que un mito ideológico de la clase capitalista gobernante.

Pero incluso si este mito fuera o pudiera ser verdad —lo que no es ni puede ser— en el plano nacional, no lo es ni puede serlo —menos aún y por otras razones adicionales— en la economía mundial capitalista internacional. En una entrevista concedida a *Time* (10 de mayo

de 1976), el canciller alemán y ex-ministro de finanzas, Helmut Schmidt, advirtió que "todo el mundo debe tener en mente que es la economía mundial lo que tiene que rescatarse del caos, y no sólo la propia economía nacional. Esto es verdad hasta cierto punto incluso para los Estados Unidos". La "cumbre económica" en el Castillo de Rambouillet en Francia, en 1975, y la de Puerto Rico en 1976, dan testimonio del alto nivel de preocupación política —y al mismo tiempo, de la incapacidad para enfrentarlo— por el problema de la estabilización y dirección de una economía internacional a través de políticas estatales nacionales. En una entrevista otorgada a *Business Week* (13 de enero de 1975, citada en MacEvan, URPE, p. 80) después de la primera de estas cumbres, Henry Kissinger admitió:

un rasgo interesante de nuestras recientes discusiones tanto con los europeos como con los japoneses ha sido el énfasis en la necesidad de una coordinación económica... En realidad cómo coordinar las políticas es un problema todavía no resuelto [...]

El renombrado economista Gottfried Haberler (*WWArch*, 1974, Heft 2), observa lo obvio: "La inflación es un fenómeno internacional, pero puede detenerse sólo mediante políticas nacionales. La responsabilidad principal corresponde claramente a los países más grandes [...] Los países pequeños tienen pocas alternativas" (p. 191). Menos obvia pero no menos cierta es su observación de que "el mundo ya no se rige por el estándar del dólar [...] pero sigue siendo verdad que la inflación norteamericana tendrá una influencia inflacionaria en otras partes del mundo". Además, "Estados Unidos es capaz de 'exportar' inflación a algunos países incluso si no tiene inflación [...] en el interior" (pp. 182, 184). Eso fue precisamente lo que hicieron los Estados Unidos durante la guerra de Vietnam, financiada por el déficit y generadora de eurodólares, mientras que todavía mantenía la inflación bajo control en el interior y la exportaba al exterior, y al diablo el resultado. "Eso significa que la inflación se hizo en Estados Unidos" (Haberler, p. 182). Desde un punto de vista distinto Sweezy y Magdoff (*Dynamics*, 1972, pp. 172.73) escribieron en 1970:

Desde la norteamericanización de la guerra de Vietnam, el robusto excedente de exportación de aproximadamente \$6 000 millones de 1964 casi había desaparecido para 1969. El resultado ha sido, por supuesto, un drástico debilitamiento de los Estados Unidos en su balanza de pagos: en la escala internacional, los Estados Unidos están viviendo ahora mucho más allá de sus medios [...] Hasta ahora los demás países capitalistas habían estado deseosos de aceptar más y más dólares norteamericanos con base en la suposición implícita de que son una forma de pagarés que pueden en caso necesario cobrarse [...] La cuestión [...] es ahora qué tanto puede durar esto [...] Pero algo sí parece seguro: el

amontonamiento de pagarés no puede continuar indefinidamente. Debe llegar un momento, tarde o temprano, en que el acreedor dirá "¡Ya no más!" y comenzará a tratar de cobrar los que ya tiene. Y eso significará el derrumbe del actual sistema monetario internacional con consecuencias tal vez incluso más profundas y amplias que las que siguieron al derrumbarse el sistema monetario internacional en 1931.

Poco después, el 15 de agosto de 1971, los Estados Unidos se negaron a seguir cambiando dólares por oro, el dólar se devaluó dos veces, las monedas más importantes se fueron a una flotación de unas contra otras luego de que una serie de crisis especulativas de las monedas hicieron imposible el mantenimiento de las paridades de esas monedas, y todo el sistema monetario internacional construido en Bretton Woods al final de la guerra se hizo pedazos. Y a pesar de los repetidos intentos por remendar el sistema, hasta ahora todos los hombres del rey no han sido capaces de volver a juntar los pedazos de Humpty Dumpty.

Todavía es posible una repetición del derrumbe monetario de 1931, y la recurrencia, aunque en términos diferentes, de la depresión de 1929 (en muchos sentidos, realmente 1928 o incluso 1927) a 1933 (o en realidad, 1940) también es posible aunque no probable. Y el problema de cómo coordinar —si es que es posible— las políticas macroeconómicas estatales de cada país todavía no está resuelto, como no lo estaba entonces. En representación de los intereses del imperialismo norteamericano en la dominación de sus rivales europeos y japoneses, para no hablar del Tercer Mundo, Charles Kindleberger, en un libro reciente sobre la gran depresión, sostiene que no fue posible evitarla porque no existía entonces *ningún* poder económico dominante, dado que el poder de Gran Bretaña ya había declinado y el de los Estados Unidos todavía no había sido capaz o no había querido afirmarse suficientemente. Sin adherirnos a Kindleberger en tanto que estar de acuerdo en que un poder superimperialista puede o debe existir o que pudo evitar la última y podría evitar cualquier próxima gran depresión, podemos coincidir en que las rivalidades interimperialistas de entonces y de ahora tornan casi imposible la coordinación o el éxito de las políticas macroeconómicas nacionales de estabilización si se las somete a la prueba de una presión depresiva grave, lo que convierte a todas las políticas macroeconómicas nacionales en políticas de limosneros vecinos (como se las llamaba en los treinta) para exportar la producción y el desempleo nacionales —¡y al diablo con los últimos! Así, poco antes del crash de 1929, se firmó en junio el plan Young de reparaciones de guerra alemanas, pese a las quejas de este país de que le era imposible pagar las reparaciones que se le asignaron. Claro que la aceptación formal del plan Young no ocurrió sino hasta el 30

de enero, después del crash de Wall Street de octubre de 1929, agravando así las tendencias económicamente depresivas y políticamente explosivas al tratar de exportar los problemas de un país al vecino. Hoover no propuso una moratoria sobre los pagos de las reparaciones alemanas hasta el 20 de junio de 1931, cuando estuvo ya claro no sólo que Alemania no podía pagar sino que el intento de forzarla a ello cargaba de cualquier modo con un gran peso a la economía capitalista mundial en *su* conjunto. E incluso entonces, la moratoria se retrasó por la terquedad de Francia. En junio de 1930, el Congreso de los Estados Unidos aprobó la Tarifa Hawley-Smoot, altamente protectora, en un intento por exportar el peso de la crisis. Al mismo tiempo, las crisis financieras sacudieron a Austria —el Kreditanstalt—, Alemania e Inglaterra, que súbitamente abandonaron el sagrado patrón oro en septiembre de 1931, sólo pocas semanas después que la Comisión McMillan, con Keynes como uno de sus miembros principales, había anunciado que Gran Bretaña no debía tomar y no tomaría este paso drástico: lo que se vio seguido por el abandono del patrón oro por parte de otros 25 países, para salvar sus propias políticas macroeconómicas tanto como las circunstancias aún lo permitieran, lo que no era mucho. La "cumbre" económica de la época era la Conferencia Económica y Monetaria Mundial, que, después de posponerse varias veces, se reunió finalmente en Londres en junio-julio de 1933. Para entonces, Hitler y Roosevelt habían tomado posesión, y fue este último quien arruinó totalmente la conferencia y con ello la última esperanza de cualquier coordinación no sólo por su intransigencia al tratar de cobrar deudas extranjeras y monetarias unilaterales, sino al rehusarse súbita e inesperadamente a aceptar la resolución de acuerdo respecto de una estabilización cooperativa de las monedas que la delegación norteamericana había ayudado a redactar después de que el propio Roosevelt propuso la resolución (para un examen de este periodo cf. Davis).

El abandono del oro por parte del presidente Nixon, en su Nueva Política Económica, el 15 de agosto de 1971, el chantaje a sus aliados y especialmente a Japón, que sufrió más que ninguno por el Shock Nixon" del 10% de impuesto adicional, muestran que hasta ahora ha mejorado en 40 años y difícilmente representan una promesa de política macroeconómica sana y progresiva para la próxima crisis que venga en el futuro.

Podemos coincidir con el canciller alemán Schmidt en su observación ante el club de naciones, de la prensa en Washington (según informa FR, 17 de julio de 1976), de que los tiempos de las economías nacionales autosuficientes pertenecen para siempre al pasado, aunque por supuesto ya pertenecían al pasado en el siglo XVI, antes incluso de que naciera el Estado nacional. Pero también debemos coincidir con Fred Block cuando escribe bajo el título "Contradicciones del capitalismo como sistema mundial" (pp. 10.12):

El asunto es simple: cuanto más abierta está la economía mundial, mayor es la interdependencia económica internacional y mayor la necesidad de instituciones que administren la economía internacional del mismo modo que los bancos centrales y los gobiernos nacionales administran las economías domésticas [¡Dios no lo quiera!]. El problema, por supuesto, es cómo se establece semejante estructura institucional internacional en un mundo de Estados nacionales en competencia. Existen tres soluciones básicas al problema: el ejercicio de esta coordinación y administración por un solo poder dominante y responsable, el desarrollo de instituciones supranacionales a las que los gobiernos nacionales cedan elementos importantes de soberanía económica, y el desarrollo de una participación conjunta efectiva entre cierto número de naciones importantes que coordinara la economía mundial en el interés común. El sistema monetario internacional ha funcionado mejor en aquellos periodos en que una nación tenía el poder económico y político suficiente para asegurar la aceptación general de un código de comportamiento económico internacional y para proporcionar por sí misma cantidades adecuadas de crédito y liquidez internacionales. Pero los continuos déficits en la balanza de pagos de los Estados Unidos indican que ese país ya no tiene la absoluta superioridad económica para cumplir ese papel coordinador. Y si los Estados Unidos no tienen suficiente poder, ciertamente ningún otro país o región puede pretender que puede cumplir ese papel. Esto deja sólo la segunda y la tercera soluciones como medios posibles hacia una coordinación económica internacional hoy día [...] Los gobiernos serían extremadamente renuentes a otorgar a una agencia internacional el derecho a limitar o mejorar la posición internacional de su propio país [...] La administración conjunta implicaría muy probablemente desviaciones significativas en las políticas domésticas de los Estados Unidos (y de otros países) que probablemente éstos no aceptarían, sacrificándose, precisamente durante la crisis que las haría más necesarias para el "bien común".

Precisamente, hace sólo dos años (*Die Zeit*, 15 de febrero de 1974) Schmidt mismo había advertido que:

Nos aproximamos a una fase en que la división internacional del trabajo podría verse perturbada, incluso profundamente destruida, y esta fase puede no durar doce meses sino varias años [...] hasta que finalmente, lo mismo que en la depresión mundial, la actitud de muchos países hacia los demás pudiera cambiar radicalmente y pudieran comportarse según la consigna de los mendigos vecinos. Me parece que estamos en el camino hacia ello.

Como dijo Kissinger, y a pesar de sus propios heroicos esfuerzos por (re)imponer la primera de las soluciones arriba mencionadas durante su "año de Europa", 1974, y después, el problema de la coordinación sigue sin solución.

[Traducción de Paloma Villegas]

BIBLIOGRAFÍA

- Baran, Paul and Sweezy, Paul M., *El capital monopolista*. Ed. Siglo XXI, México, 1968.
- Barkin, David, "The Economic Crisis of Imperialism" in *Radical Perspectives on the Economic Crisis of Monopoly Capital*". Union of Radical Political Economics (URPE), Nueva York, 1975.
- Blair, John M., "Market Power and Inflation: A Short-Run Target T Return Model". *Journal of Economic Issues*, v. vol., n. 2, junio .de 1974.
- Blaug, Mark, "Kuhn versus Lakatos, or paradigms versus research programmes in the history of economics". *History of Political Economy*, v. 7, n. 4, invierno, 1975.
- Block, Fred, "Contradictions of Capitalism as a World System" *Insurgent Sociologist*, v. 1, n. 2, invierno, 1975, pp. 3-22.
- Bratenstein, Roger, "First Steps towards a Cyclical Theory for LDC'S". *Intereconomics*, Heft 10, octubre de 1974.
- Braun, Oscar, *The New International Economic Order from the Point of View of Dependence Theory*. Paper presented at "First Congress of Third World Economists". Argelia, enero de 1976.
- Business Week*. Special Issue. 14 de septiembre de 1974.
- Chenery, Hollis, "Restructuring the World Economy". *Foreign Affairs*, enero de 1975.
- Cleveland, Harold and Brittain, Bruce. "A World Depression? NO". *Foreign Affairs*, enero de 1975.
- Edwards, Richard C., "The Impact of Industrial Concentration of Inflation and the Economic Crisis" in *Radical Perspectives on Economic Crisis of Monopoly Capitalism*. Union for Radical Political Economics (URPE), Nueva York, 1975.
- Davis, Joseph S., *The World between the Wars, 1919-39: An economist's view*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1975.
- Fortune*. Business Roundup, julio de 1974, agosto de 1974, octubre de 1974, noviembre de 1974.
- Fortune*. Lawrence Klein and his Forecasting Machine, marzo de 1975.
- Galbraith, John Kenneth. *El crac del 29*. Ed. Ariel, Barcelona, 1976.
- Gordon, David. "Capital vs. Labor: The Current Crisis in the Sphere of Production" in *Radical Perspectives on the Economic Crisis of Monopoly Capitalism*. Union of Radical Political Economics (URPE), Nueva York, 1975.
- Gordon, Kermit. Some Conjetures on Policy Problems of the 1970's in Major Economic Problems of the 1970's. The Clouded Crystal Ball. *American Economic Review*, mayo

- de 1975. (Proceedings of the Annual Meetings of the American Economic Association, 28-29 de diciembre de 1973.)
- Grupo Kapitalistate, "El frustrado 18 Brumario de Richard Nixon", *Cuadernos Políticos*, México, n. 6, octubre-diciembre de 1975.
- Haberler, Gottfried. "Inflation as a Worldwide Phenomenon". An Overview *Welwirtschaftliches Archiv*, Heft 2, 1974.
- Heilbronner, Robert L. In Major Economic Problems of the 1970's. The Clouded Crystal Ball. *American Economic Review*, mayo de 1974. (Proceedings of the Annual Meetings of the American Economies Association, 28-30 de diciembre de 1973.)
- Heller, Walter W., What's Right With Economics? Presidential Address delivered to the American Economic Association, diciembre 29, 1974. *American Economic Review*, marzo de 1975.
- Kindleberger, Charles P. *The World Depression, 1929-39*. Berkeley, University of California Press, 1973.
- MacEwan, Arthur. "Changes in World Capitalism and the Current Crisis of the U.S. Economy" in *Radical Perspectives on the Economics Crisis of Monopoly Capitalism*. Union of Radical Political Economics (URPE), Nueva York, 1975.
- Moore, Geoffrey. "Some Secular Changes in Business Cycles". *American Economic Review*, mayo de 1974.
- Muller, Genet, RSdel, Ulrich, Sabel, Chales, Stifle, Frank and Vogt, Winfried. *Okonomische Krisentendenzen im Gegenwiirtigen Kapitalismus*. Starnberg Germany, Max Planck Institut, junio de 1976. 3 vs. Mimeo.
- Nixon, Richard (president of the United States). *Inaugural Adres*. Washington, D. C., 20 de enero de 1973.
- OCDE. *Economic Outlook*. OCDE, París, diciembre de 1975. Samuelson, Paul A., "Another Great Depression?" *Newsweek*, 28 de octubre de 1974.
- Economics an introductory analysis*. Ed. McGraw Hill Book Co., Nueva York, 1958.
- Schumpeter, Joseph A. *Business Cycles*. McGraw Hill Co., Nueva York, 1939.
- Schur, Herbert. "Die Unternehmer haven die Kris, selbst verschuldet". *Frankfurter Rundschau*. 6 de mane de 1976.
- Sherman, Howard. "Inflation, Unemployment and Monopoly Capital". *Monthly Review*, v. 27, n. 10, marzo de 1976.
- Steind], Joseph. *Maturity and Stagnation in American Capitalism*. Oxford, Basil Blackwell, 1952. Reimpreso en Nueva York, Londres, Monthly Review Press, 1977.
- Sweezy, Paul M. and Magdoff, Harry. *The Dynamics of U.S. Capitalism: Corporate Structure, Inflation, Credit, Gold and the Dolar*. Nueva York, Monthly Review Press, 1972.
- Testa, Victor. *Aspectos económicos de la coyuntura actual (1973-1975)*. *Times*. Londres, julio de 1974.
- United States President. *Economic Report of the President 1965*. Washington, D. C.
- Zarnowitz, Victor (ed.) *The Business Cycle Today*. National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1972. Distribuido por Columbia University Press.